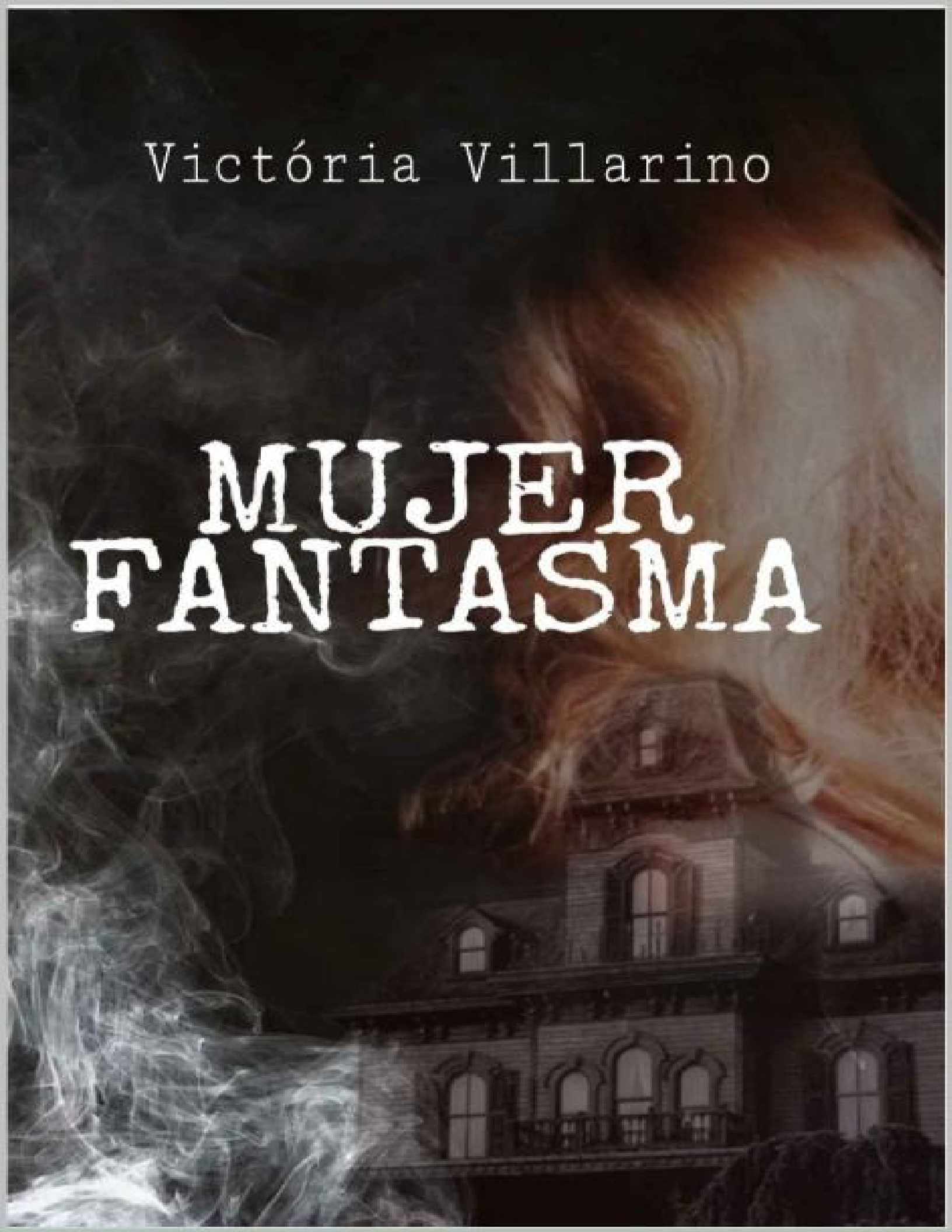


Victória Villarino

MUJER FANTASMA



MUJER FANTASMA

Victória Villarino

Primera edición: julio de 2020

Título: *Mujer fantasma*

© Victoria Villarino, 2020

ISBN: 9798656434812

Sello: Independently published

Diseño y maquetación: Victoria Villarino

Corrección: Victoria Villarino

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.

*A mí misma,
la única que sabe del esfuerzo y
la constancia de este proyecto.*

PRÓLOGO

Jamás me habría imaginado lo que esa mañana me encontré tras la cochambrosa pared de mi futura casa. Ya hacía varios meses que compré lo que viene siendo el terreno en general. Una antigua mansión. Probablemente de algún viejo rico que había heredado la casa de generación en generación hasta que tuvo la mala suerte de no poder dejar descendencia ni herederos a los que poder ceder la enorme y antigua casa.

La primera vez que la vi fue un día que estaba por el barrio por pura casualidad. Justo estaba haciendo una investigación por la zona. Hacía tiempo que me quería mudar y estaba barajando diferentes opciones.

Cuando la vi me quedé impresionada con su fachada. Una casa más larga que ancha. Con unos amplios escalones que llegaban a un porche bastante ornamentado. Las paredes de un gris gastado que deja claro que hace tiempo que está abandonada. Dos columnas en la entrada, una a cada lado de la escalera. De un estilo dórico sencillo, rematadas en un blanco hueso y con algún reflejo dorado, señal de que había algún tipo de decoración que hoy en día es inexistente.

Con esas enormes torres que deduzco que en su interior estarían las diferentes habitaciones. Y esos grandes ventanales. Me pareció estar viviendo en otra época y estar viendo un castillo.

Realmente me dejó tan hipnotizada que no dudé ni un segundo en elegirla. Quería que esa que tenía ante mis ojos fuera mi casa. Y cuando una cosa se me pone entre ceja y ceja suelo ser muy insistente.

No tardé en llamar al número que anunciaban para comprarla y me atendió una inmobiliaria. Al parecer no estaba nada equivocada. La casa llevaba diez años en venta porque su antiguo propietario ya no se podía hacer cargo de ella. Y dado que hacía tantos años que nadie preguntaba por ella me la dejaron tirada de precio. Sinceramente no sé cuánto costaría en su tiempo, pero creo que por lo menos me costó la mitad de lo que se merecería.

Lo más difícil vino después. Obviamente la casa necesitaba más de una reforma. Como por ejemplo poner una caldera y cambiar el sistema de electricidad a uno más moderno. Además de una mano de pintura tanto por dentro como por fuera. Arreglar el suelo. Puede que la moqueta que lo cubría disimulara ese horrible suelo en su época, pero como comprenderéis en pleno siglo XXI no iba a dejar la moqueta. Así que mi idea era poner suelo de madera en toda la casa menos en la cocina y el baño. Hablando del baño, creo que es la habitación con más decoración de la casa. Un suelo de mármol a cuadros y unas paredes con un papel bastante feo, con unas flores en tonos azules. Lo que más me llamó la atención fue esa maravillosa bañera con patas doradas que decidí conservar en mi futuro cuarto de baño.

Casi toda la decoración la tuve que cambiar. Yo quería un estilo más minimalista, pero manteniendo la fachada y ese aire antiguo. La cocina es la única reforma seria que hice. Teníamos que tirar la pared que separaba la cocina del salón-comedor porque no me gustaba como quedaba todo tan cerrado. ¿Quién no querría una cocina con una pequeña isla en medio y poder ver a quien

esté en el salón mientras preparas la cena? Y entonces aquí vinieron los problemas.

Contraté a la gente más especializada en el tema de este tipo de reformas. Tuvieron que hacer mil llamadas a arquitectos y de más para saber si no había ningún problema por tirar esa pared abajo sin que se nos cayera la casa encima. Tras un mes de mucha, mucha paciencia, me dieron el visto bueno y comenzaron a sacar ese estorbo de hormigón entre mi cocina y mi salón. Pero lo que encontramos dentro de ese muro nos dejó de piedra a todos.

CAPÍTULO 1

Todo comenzó rondando los años setenta. Nunca me había llevado bien con mis padres. Concretamente con mi padre. Siempre estaba quejándose del poco partido que me daba y de lo desaprovechada que estaba mi vida. Estaba empeñado en que buscara un hombre con dinero y que no lo dejase escapar jamás. En resumidas cuentas, él pretendía que me quedara de esclava de un hombre engreído y creído, que creía que el dinero era la puerta a todos los lugares y personas del mundo. Y no se equivocaba en eso, porque hasta el día de hoy he podido comprobar que así es. Parece que el dinero es la llave mágica que todo lo abre. Así que su idea era que me quedase en la casa de este señoritingo con dinero, haciendo los quehaceres de un ama de casa, que además me aburriría como ninguna porque por supuesto tendría servicio, así que no podría limpiar, ni cocinar, ni ir al pueblo a comprar nada... Simplemente entretenerme con cualquier cosa que tuviera en su mansión de ricachón. Aprender a tocar el piano o a pintar sobre un lienzo. Sí, creo que esas son las cosas que suelen hacer la gente adinerada.

Él había crecido en otra época en la que esto era bastante más típico, pero estando casi a finales de siglo me parecía una costumbre bastante neandertal.

Mi madre por otro lado callaba cuando mi padre empezaba a despotricar barbaridades por su boca. Se le veía en la mirada que, en muchísimas ocasiones, por no decir en todas, no estaba de acuerdo con él. Pero como buena esposa que era no tenía ni voz ni voto frente a la opinión del patriarca de la familia.

Así que un buen día en el que el sol radiaba en todo lo alto, tomé la decisión de empezar a vivir mi vida por libre. Sin estar reprimida ni encarcelada en una prisión con prejuicios como barrotes. No era un día cualquiera. Yo lo sabía y el aire que chocaba contra mi ventana suavemente para darme los buenos días, también. Hoy era el esperado día en el que cumplía la mayoría de edad. Al fin libre. Durante todo ese día paseé por el pueblo capturando cada escena. Las señoras comprando fruta y pescado en los pequeños puestecitos del mercado. Todo fresco, por supuesto. Te lo dejaban bien claro con sus gritos a pleno pulmón.

Para la cena mi madre me había preparado mi plato favorito, pollo al horno con un salteado de verduras del huerto que teníamos detrás de la casa. Me alegró mucho que se acordara del día que era a pesar de no hacerme ningún regalo. El año anterior me habían regalado un cofre que había sido de mi abuela, y lo habían decorado con algunos toques de bronce pintado que simulaba ser oro. Para entonces aun íbamos medio bien de dinero. Pero este año era bastante peor que el anterior pues el que llevaba el huerto de casa siempre había sido mi abuelo, que al morir unos meses después que mi abuela, se había quedado casi desierto. La única que intentaba que no decayera era mi madre que era la que pasaba más tiempo en casa. Pero aun así nunca le había llamado mucho la atención por lo que no sabía muy bien el tiempo de cultivo de cada cosa y las temporadas para cada una. Al no contar con la ayuda de los alimentos del huerto para poder

venderlos en el pueblo, nuestros ahorros bajaron considerablemente.

Yo conseguía ganarme algo de dinero ayudando a una vecina que estaba casi senil, limpiando algunos muebles de su casa. Su marido había sido un depravado y se había largado con la primera fulana que se le cruzó por el camino. Así que la pobre mujer se vio sola e incapacitada para llevar una casa tan grande.

Mi padre, por supuesto, no sabía nada de mis momentos de trabajo. Solo se lo conté a mi madre que no pudo más que alegrarse. Aunque me advirtió que si se enteraba mi padre podría ser terrible.

Después de cenar les di las buenas noches a mis padres y subí las largas escaleras hasta mi habitación. Me asexé y me metí bajo las sábanas.

Esperé el tiempo prudente para asegurarme de que mis padres ya estaban en el quinto sueño de Morfeo. Me bajé de la cama con el mayor sigilo posible y con sumo cuidado abrí la maleta que había debajo de mi cama. Solo metí las prendas esenciales para la convivencia en cualquier otro lugar que no fuese este. Alguna muda de ropa interior y un par de manoleínas.

La cerré silenciosamente y descendí hasta que salí de esa casa. Mi casa. Me dio mucha pena abandonar a mi familia. A mi madre. La que siempre me apoyaba, aunque la sociedad no nos lo permitiera. Ella siempre creía en mí. Todos los planes de futuro que le contaba los escuchaba con ojos de emoción. Me dio mucha pena abandonarla dejándola con el mandón de mi padre. Sabía que estaría bien, aunque yo me fuera. Pero yo no podía quedarme ni un segundo más allí.

CAPÍTULO 2

Esta carta va dirigida a quien la encuentre. Si estás leyéndola probablemente corras el mismo peligro que corrí yo. No sé cuánto tiempo habrá pasado desde que esta carta se escriba. Puede que dos días o puede que cincuenta años. Lo único que deseo con todas mis fuerzas es que sigas mis consejos y no te los tomes a broma. Voy a empezar por el principio. Mi nombre es Elisabeth Boîte y me vine a vivir aquí tras la muerte de mis padres. La casa fue lo único que me dejó mi padre de su herencia y hubiera sido mejor que no me hubiera dejado nada. Escucha atentamente lo que te voy a decir. En esta casa no se respira tranquilidad. Una sombra negra aparece cada noche para envolverlo todo de oscuridad y sufrimiento. Cuando el reloj marca la media noche el silencio se hace más profundo. No quisiera meterte miedo, pero tienes que creerme cuando te digo que cada día que pasa siento que me muero por culpa de esta casa. Este monstruo con ventanas saca lo peor de cada persona y te hace ver cosas que no son reales.

Aquí te dejo todas las cartas que he ido escribiendo, sin poder llegar a ningún destino. Aquí encontrarás mi historia y por qué morí aquí.



Tanto los obreros como yo, nos quedamos boquiabiertos cuando vimos aparecer un baúl rojo muy bonito, con dos cerraduras, ambas sin candado, totalmente abiertas. Parecía que alguien lo había colocado ahí para que nadie descubriera jamás que ese baúl existía. Literalmente estaba dentro de la pared.

Fui yo la que decidió sacarlo del montón de telarañas y polvo que había en ese hueco cochambroso. Y me lo subí a mi habitación para poder ver lo que contenía más detenidamente.

Para mi sorpresa no había gran cosa. Ya me había hecho ilusiones de que iban a haber joyas y tesoros valiosos, pero en su interior solo había un puñado de sobres. Cada uno con un número en la parte delantera. También había un par de fotografías. En una de ellas aparecía una chica. Las fotos estaban bastante gastadas, pero se podía apreciar la suave tez blanca y su largo pelo color ocre. Llevaba unas vestimentas algo particulares. No llegaban a ser del todo de la época de la que era esta casa, pero no sería de mucho tiempo más tarde.

En una de ellas estaba haciéndose la fotografía a través del espejo del baño. Estaba ligeramente hacia la derecha y miraba hacia atrás a través del espejo, como si estuviera esperando a alguien. Con una cámara polaroid de las primeras que salieron, entre las manos, y la cara descompuesta.

Y la segunda era una panorámica de la propia casa. Nada que ver la apariencia que tenía antes con lo siniestra que la había encontrado yo. Seguía teniendo ese aire gótico tan particular de la época, pero para nada parecía una casa embrujada.

Volví abajo con los trabajadores para comprobar que no encontraban nada más ahí dentro y continuamos con la obra.

CAPÍTULO 3

A decir verdad, al principio mi estancia aquí fue de lo más normal. Conocí a todos mis vecinos la primera semana e incluso una señora muy adorable que vivía justo en frente de mi casa vino a darme la bienvenida y a ponerme un poco al día respecto a todo lo que sucedía por esta zona. Todo parecía tan normal que no presté atención a los pequeños detalles. Al principio solo eran pequeños ruiditos en la lejanía. Más tarde puertas que se abrían solas. Pensé que sería normal en una casa tan antigua y tan grande. Habría corrientes por todas partes y como casi toda la casa estaba hecha de madera pues también era normal que crujiera de vez en cuando.



La verdad es que empecé a leerme las cartas que contenían esos sobres del baúl y me decepcionó bastante. ¿Qué coño era eso? ¿Era algún tipo de broma de mal gusto del antiguo propietario? Porque sin duda eso es lo que me parecía. No es que no crea en espíritus y todo eso paranormal, pero me cuesta bastante creer que puedan llegar a existir los fantasmas.

Dejé el tema de las cartas un poco apartado. Aún me quedaban muchas cosas por hacer en la casa y muchas cosas que reformar.

A medida que pasaban las semanas todo iba quedando como yo quería. Casi que ya podía tener visitas sin morirme de la vergüenza.

—¡Es increíble Julia!

—Sí, tía la estás dejando de muerte. ¿Cuánto te ha costado?

Podía ver la envidia en sus caras. Mis amigas son las típicas que presumen de lo bien que les va todo. De sus felices familias y de lo exitosas que son en el trabajo. Pero sé que ahora mismo se están muriendo por no haber comprado ellas esta pedazo de casa y más al precio que me ha costado.

—¿Pero no te da miedo una casa tan grande para ti sola?

—Me daría más miedo llegar a casa y tener que hacer la cena y después dormir a dos mocosos, o a un adolescente en la edad del pavo.

Las dos tenían hijos y siempre estaban contándome lo revoltosos que estaban los gemelos de Laura y lo insoportable que estaba el hijo de Silvia desde que había pasado los dieciséis años.

—Chicas he encontrado algo rarísimo. Estaba dentro del muro que separaba el salón de la cocina.

Las dos se miraron la una a la otra y luego me miraron a mí expectantes. Con un gesto con la mano a la vez que me levantaba, les indiqué que me siguieran arriba. Allí les enseñé el baúl y les expliqué lo poco que había leído de esas misteriosas cartas. A Laura le dio muy mal rollo todo ese tema, pero Silvia parecía emocionada. Le encantaban los misterios y la posible historia de esta

pobre muchacha.

CAPÍTULO 4

Cuando me llegó una carta del notario no me pude quedar más sorprendida. Hacía justo diez años que abandoné la casa de mis padres. Ese pueblo y esa casa hechos a la antigua. Al leer esa carta me quedé entre impresionada y apenada. En ella me explicaba que mis padres habían sufrido un accidente. Mi padre murió en el acto. No explicaba qué era exactamente lo que les había sucedido. Mi madre sobrevivió vagamente. Era irónico que el más fuerte muriera a la primera de cambio y la que se considera sexo débil sobreviva. Pero no le sirvió de mucho porque según decía la carta había muerto de pena. No había soportado vivir sin su marido. Y en parte la entiendo. Mi madre a pesar de ser una buena mujer y poder seguir adelante con todo porque era la mujer más valiente que conozco en mi vida, bueno, conocía, estaba muy vinculada a mi padre. No solo en lo sentimental sino en todo. Era muy dependiente de él y era de esperar que, si le pasaba algo a él, ella iría detrás.

Se me revolvió todo el estómago. Hacía muchísimo tiempo que no los veía y me mataba la idea de que ya no tendría la oportunidad de volver a hacerlo. No sabía qué era lo que habrían pensado cuando me largué. Puede que no se les ocurriera que me había ido de casa. Tal vez pensaron que me habían secuestrado. Nunca volví a hablar con ellos. Y tampoco pude pedirles perdón. A punto estuve de hacerlo muchas veces. Escribí cientos de cartas, pero todas acabaron hechas añicos. Ahora ya no podrían perdonarme. Pero para mi sorpresa cuando seguí leyendo la carta supe que, aunque yo no les hubiera pedido perdón, ellos no me guardaban ningún rencor. Y la prueba de ello era la herencia que me habían dejado. La casa. La enorme y fabulosa mansión. Seguramente la idea de dejármela fuera de mi ángel de la guarda, mi madre. Pero para convencer al testarudo de mi padre ya tuvo que insistirle tiempo.

Así que como tampoco es que estuviera muy entretenida en el lugar donde actualmente residía, me fui para mi hogar. Mi verdadero hogar.

CAPÍTULO 5

Cuando ya llevaba aquí un tiempo, la casa me parecía gigantesca para mi sola. Parecía que en cualquier momento desaparecería del mapa porque me habría tragado. Por suerte o por desgracia eso cambió cuando conocí a Marcus. Un tipo encantador, al menos eso me pareció al principio. Soñador, como yo. Con proyectos en mente y expectativas de futuro. Un futuro no muy lejano. Pero todo lo que me pareció de color de rosa al principio, se vio turbado por una cortina de colores y una sensación de sentirme observada por toda la casa. Antes de vivir con él no me había pasado. Es como si al entrar Marcus en mi vida, entrara otra cosa sin haber sido invitada.



Ya iba siendo hora de relacionarme un poquito y darme a conocer con la gente del pueblo. Además de estrenar y lucir mi preciosa casa nueva. Una fiestecita de inauguración no estaría nada mal.

Cogí mi ordenador portátil y busqué en internet alguna plantilla guay para anunciar que iba a hacer una fiesta mañana por la noche. Iba a hacerla hoy, pero sería muy precipitado. Nadie vendría porque no les habría dado tiempo a planificar sus vidas, que no sabía cuáles eran. Y tampoco había pensado en que yo no tenía el material adecuado para una fiesta. Si hacía una fiesta tenía que ser por todo lo alto. Con mucha decoración, pero sin parecer recargado. Además de vasos y platos de plástico para así no tener que fregar nada luego. Mucho, muchísimo alcohol, comida para poder picar algo y algún que otro juego para beber y pasárnoslo bien. Algo como el *beerpong* que estaba muy de moda en las películas americanas de adolescentes. Yo ya no era muy adolescente, y tampoco sabía qué edad tendrían mis vecinos. Puede que estuviera en el barrio del hogar del jubilado, pero me daba absolutamente lo mismo. Además, no podía faltar el *twister* y para los más sosos alguna baraja de cartas españolas o un parchís.

Mis amigas también aportaron otros juegos y algo de bebida para hacer las mezclas de alcohol.

Una vez hechos los carteles fui metiéndolos uno a uno dentro de los buzones de cada uno de mis vecinos. Incluso a alguno de ellos se los di en mano porque justo coincidía que se iban a trabajar o a hacer la compra semanal. Algunos me miraron con cara de “esta va lista si se cree que voy a ir a su fiesta” y otros considerablemente más jóvenes y que se veía que aún les gustaba disfrutar de la vida, les hizo mucha ilusión y me prometieron que asistirían a la vez que me daban la bienvenida a la comunidad.

La noche siguiente a las ocho ya lo tenía todo listo para la fiesta más divertida a la que seguro que asistían la mayoría de mis vecinos.

Todavía faltaba una hora para que empezaran a llegar mis invitados, pero Laura y Sílvia ya

estaban aquí. Las había invitado a cenar, aunque todas sabíamos que lo que en realidad quería era que me ayudaran con los preparativos. Y ellas no pusieron resistencia.

CAPÍTULO 6

Realmente pensé que Marcus sería el amor de mi vida, pero no pudo aguantar sus ganas de triunfar. Llevándose así todo por delante. Incluso nuestro amor. Un amor que al principio era inocente y romántico pero que poco a poco se fue convirtiendo en sospecha y miedo.



Casi no cabía ni un ápice de comida más sobre la larga y decorada mesa del salón comedor. Medias lunas de embutido, para los más golosos también había de chocolate con leche, chocolate blanco y dulce de leche, cruasanes de azúcar de lo más normales y alguna palmera de chocolate negro. Sí, todo muy poco sano. Una merendola de lo más típica de una fiesta de cumpleaños o de una post reunión de empresa. Pero tuve la consideración de cortar y pelar alguna pieza de fruta que coloqué de manera estratégica en una fuente de varios pisos de altura, al final de la mesa. Todo estaba sobre un mantel de lo más vintage y algunas flores de decoración en el centro y a ambos lados de la larga mesa.

Tuve la suerte de contar con la ayuda de una experta en repostería porque sino me habría costado un ojo de la cara, solo para impresionar a mis vecinos. Ya sabes lo que dicen. Hay que conquistar a la gente por el estómago.

La verdad es que les costó un poco aparecer por mi casa. No sé si porque no se fiaban de mí, no eran muy sociables o simplemente no les interesaba ese tipo de bienvenidas. Ni siquiera la vecina que vivía enfrente. Era una mujer mayor pero aun así pensé que sería la primera en aparecer, así que me decepcioné un poco y estuve a punto de tirarlo todo por la borda.

Música puesta y guirnalda de punta a punta del techo. Vaya fracaso de fiesta. Pero de repente apareció el milagro que necesitaba para no deprimirme y arrepentirme del zulo en el que me había ido a vivir.

—¡Hola! —Asomó una cabeza con el pelo más gris que haya visto en la vida—. ¿Ya ha empezado la fiesta?

Acabó metiendo el cuerpo entero en el recibidor. Sonreía muchísimo y traía algo entre las manos. Iba vestida de calle. No se había arreglado para nada, pero me hizo ilusión que al menos apareciera una persona.

—Soy tu vecina de enfrente, te he traído un poco de pavo asado. Aunque no sé si te gusta. Con todo esto que está de moda ahora del vegetarianismo y todas esas bobadas...

Y una vez que lo dijo su sonrisa se volvió tímida. Como si por un momento no se hubiera dado cuenta de ese arrebato de sinceridad.

—Sí, claro. Y no, no soy vegetariana ni vegana ni nada de eso. Muchísimas gracias, me lo comeré encantada señora...

—Agatha, llámame Agatha.

—Muchísimas gracias por venir señora Agatha, como puede comprobar esta fiesta es todo un éxito.

Se me pudo notar cierto dolor en mis irónicas palabras. Pero nadie dijo nada al respecto.

—La gente de este pueblo no se fía demasiado de los forasteros. Pero dales tiempo, en el fondo, muy en el fondo, son una buena comunidad.

Poco a poco fue apareciendo gente. La pareja que se apellidaba Roberts. Vivían dos casas a mi derecha. Él era empresario y ella estilista. Tenían un hijo, Charlie, de trece años. Ambos me parecieron muy agradables, aunque se les notaba cierto aire de grandeza. De esos que están compitiendo siempre por ver quién la tiene más grande.

También conocí a las “Sexo en Nueva York”, las apodé así porque eran el típico grupito de niñas ricas que no sabían hacerse ni una tortilla francesa. Tenían un par de años menos que yo y todas contaban con la maravillosa ayuda de sus padres ricos para pagarse cualquier tipo de lujo. Sus padres por otro lado decidieron no venir a la fiesta. Eran demasiado elegantes para una fiestecita estilo adolescente. Así que mejor mandar a las hijas a que chismorreen y luego hacerles el tercer grado.

La mujer que vivía a mi lado izquierdo se quedó mirando por la ventana de su casa, pero no se dignó a aparecer por la mía. La señora Agatha me contó que hacía relativamente poco que perdió a su marido en un accidente de tráfico y que salía de casa para hacer la compra, la colada y poco más.

Además, apareció un puñado de gente más que vivía alrededor, pero no eran vecinos directos. De los que por supuesto la señora Agatha también me informó de sus vidas.

Parece que la fiesta al final se animó y apareció más de la mitad del vecindario. Estaba satisfecha. Bebimos y comimos prácticamente todo lo que había comprado y horneado. Aunque los juegos no fueron muy populares. Prefirieron hacerme alguna pregunta sobre mi pasado, de dónde venía, por qué me había venido aquí, si tenía pareja y cuál era mi profesión. Y por supuesto también escuché algún que otro rumor sobre la casa que más tarde le preguntaría a la que ya se había convertido en mi vecina de confianza.

Todo parecía ir bien hasta que apareció la policía.

CAPÍTULO 7

Todo seguía tal y como lo recordaba. A mi derecha una pared llena de fotografías de la familia. Me sorprendió ver que donde antes había una mía, ahora había una de la fachada de la casa hecha desde fuera. Y a mi izquierda seguía el gran espejo de cuerpo entero que tantos sustos me ha dado siempre que entraba a casa.

Se podía apreciar la cantidad de polvo que se acumulaba, a saber desde cuándo. Continué caminando hacia delante y me topé con las majestuosas e inigualables escaleras con su moqueta roja, que más que roja estaba de un color vino tinto.

La mesa estaba a medio poner. No quería ni imaginarme el motivo. Mi madre nunca habría dejado nada a medias. Por un momento me escocieron los ojos y las lágrimas amenazaban por salir a tomar el aire, pero las retuve y seguí con mi inspección.

Todo estaba hecho un asco. Incluso habían dejado la última bolsa de basura puesta y salía un olor horrible de la cocina.

Me costó varios días arreglarlo y limpiarlo todo. Dentro de lo malo no había ninguna ventana rota ni nos habían entrado a robar aprovechando que la casa estaba vacía.

Esos días fueron estresantes, pero me mantuvieron ocupada y con la mente en otras cosas. Hasta que llegó la tranquilidad. Ya tenía la casa como la patena y hasta ese momento no había caído en que no había hecho nada más que limpiar.

Salí en busca de caras conocidas, alguna antigua amiga o algún vendedor del pasado. Casi todo seguía igual. Los gritos en el mercado, los malos piropos cuando pasaba por el puerto y las casas tal y como las recordaba. Me planté delante de la que había sido de mi amiga hacía diez años, y esperé a ver si lograba verla. Pero no tuve suerte. En esa casa vivían otras personas.

Cuando ya estaba dispuesta a volver a mi solitaria mansión tuve un flechazo en toda regla. Un muchacho no muy alto, con el pelo revuelto del color del chocolate. Vestía muy elegante y se le veía apresurado cuando salía de casa. De repente levantó la vista del suelo mientras bajaba las escaleras que salían de su casa, y nuestros ojos se quedaron por un momento hipnotizados. Frenó de golpe como si no pudiera caminar y mirarme a la vez. Yo seguía de pie plantada en la acera de enfrente hasta que levantó la mano en gesto de saludo. De repente me subió un calor por todo el cuerpo hacia la cara y noté como mis mejillas se volvían rojas. Mi voz se volvió muda antes de poder salir por la boca, miré al suelo y sin volver a mirarlo emprendí el camino de vuelta a mi casa.

Una vez allí me sentí la más tonta del mundo. ¿Por qué habías hecho eso, Eli? El chico solo me había saludado y yo como una enorme tonta lo había ignorado.

CAPÍTULO 8

No supe lo que hacía hasta que fue demasiado tarde. Todo el mundo me tomaba por loca y puede que sí que lo estuviera. Aunque yo tenía mis sospechas. Pero claro, ¿cómo le decía a nadie que creía que mi marido me quería matar? Además, después de escuchar todo lo que había vivido en esa casa, nadie me creería. Así que por ese motivo escribo estas cartas. Para que quede constancia de todo el dolor que me causó. Se aprovechó del amor y de lo ciega que estaba yo por él.



Quité la música prácticamente al segundo de que apareciera ese pedazo de Dios griego con el uniforme azul marino de policía. Que con esos ojos más azules que el cielo, esas largas y bien formadas piernas, el pecho ancho del que seguro que esconde un pack de abdominales al completo, más que policía podría ser modelo. Ese ángel recién caído del cielo acababa de aterrizar en mi casa y yo lo único que quería hacer era echar al resto de invitados que había en ella. Pero no precisamente porque la fiesta había acabado, sino que no haría más que empezar. El Dios griego y yo solos, eso estaba claro. En mi cama. En la cocina. En las escaleras... Donde me diga el señor agente.

Madre mía Julia, relájate.

—¿Hay algún problema, agente? ¿Estaba muy alta la música o se ha quejado algún vecino? — conseguí decir sin sonar muy irónica o provocativa.

—Al contrario. Ya estoy fuera de servicio y me habían dejado una invitación en mi buzón.

Dios mío, era aún más guapo de cerca. Y qué bien olía, una mezcla entre a canela y vainilla.

—Vivo un par de casas al lado. Soy Alan. —Se inclinó y me dio dos suaves y aterciopelados besos en las mejillas.

Ya me había enamorado y aun no lo conocía. Un enamoramiento de esos que se suelen tener cuando vas por la calle o entras en el tren. Que sabes que solo durará un segundo o lo que dure el trayecto. Pero esta vez lo tenía casi al lado de casa, así que no iba a dejar escapar la oportunidad de ver si mis suposiciones sobre su tableta eran ciertas o no.

CAPÍTULO 9

Al principio sólo eran ruidos. Golpes en mitad de la noche en la planta en la que no me encontraba en ese momento. Objetos que sin ninguna explicación se movían de su sitio o aparecían estrellados en alguna pared o el suelo. Puertas que misteriosamente se abrían solas. No solía creer en este tipo de cosas paranormales, pero solo me hicieron falta ojos para ver que en esta casa ocurría algo. Como toda persona racional intenté buscarle algún tipo de explicación, pero no pude encontrarla.



—Vaya, qué diferente estás sin el uniforme de poli bueno —le dije irónicamente a Alan por detrás cuando me lo encontré mirando los vinos del supermercado.

—No siempre estoy trabajando—, contestó mientras se daba la vuelta y me enseñaba esa majestuosa sonrisa, perfecta para un anuncio de clínica dental—. De vez en cuando también me gusta saltarme alguna norma.

—Ya veo, ya. Pues cuidado no te pases con el vino esta noche a ver si vas a acabar haciendo alguna tontería.

Le guiñé un ojo descaradamente. No estaba para perder el tiempo. Con los años, y los daños, había aprendido que las cosas claras y el chocolate espeso.

—No tranquila, no es para mí.

Y se alejó con aires de haber ganado la conversación. Aunque no fuera ninguna competición.

* * *

Se acercaba la hora de la cena y estaba hecha un ovillo en el mohoso sofá del antiguo propietario, o antigua, en femenino, por lo que pude ver en las cartas escondidas. Que aún no había dejado en la basura, pero tenía pensado hacerlo muy pronto. No tenía ganas de levantarme de allí y mucho menos de mirar en mi siniestra nevera qué podía cenar.

Y sin esperármelo llamaron al timbre. No podía ser ninguna de mis amigas porque además de vivir a kilómetros de aquí, me habrían avisado antes. Y dudaba que fuera algún vecino dado las horas que eran. Además, la única que podría esperar que apareciera por mi casa era la señora Agatha y ya haría unas horitas que estaría soñando con los angelitos.

Me cubrí el cuerpo con una bata muy típica de una marquesa, con un tacto de lo más calentito, ideal para el invierno. Aunque ya estuviera terminando. Y me acerqué a la puerta. Mi cara de sorpresa debió de ser brutal. No todos los días se encuentra una a semejante Dios, que parecía

recién sacado del Olimpo. Un Hércules justo en el porche de mi casi reformada casa. Con sus rizos rubios semi mojados. Eso me hizo pensar que se acababa de duchar. Lo que explicaba lo bien que olía. Y su camiseta del grupo “*far from oniria*”. Tal vez no debía mencionar que su estilo de música y el mío desentonan un poco, pero aun así me pondría esa camiseta a modo de camisón después de enseñarle lo que es pasar una buena noche. Y esos tejanos grises apretados, marcándole esas esculturales piernas.

—Ya te dije que el vino no era para mí —dijo encogiéndose de hombros y sonriendo tímidamente.

—¿Vienes a emborracharme entonces?

Creo que, si ya lo había puesto en un pedestal, acababa de subir dos peldaños más.

CAPÍTULO 10

Al día siguiente lo volví a ver en el mercado y esta vez me acerqué a hablar con él.

—Perdona. —le solté sin un hola previo ni nada. Con un hilo de voz casi inaudible.

Al principio pensé que no me había oído. Puede que ni siquiera hubiera salido voz de mi garganta y sólo yo lo hubiera escuchado. Pero por lo que fuera se giró.

—¿Perdona? —dijo con los ojos muy abiertos y tono de confusión.

—Sí, por el otro día. —hice una pausa y continué hablando ya que él parecía que no sabía de lo que hablaba—. Delante de tu casa, vamos o la que creo que es tu casa, me saludaste y yo te ignoré completamente. Quería disculparme, normalmente no soy tan estúpida.

—Ah. No pasa nada mujer. Me lo puedes recompensar con una cena esta noche.

Parecía muy seguro de que iba a aceptar su invitación. Y la verdad es que lo hice. De todas maneras, no tenía nada mejor que hacer que morirme de asco en mi enormemente enorme casa.

La cena fue de lo más normal. Marcus era todo un caballero, de los que ya no quedaban. Reservó una mesa para comer en una pequeña taberna que había cerca del puerto. Algo sencillo, pero a mí me bastaba. Hablamos sobre temas banales. Él creció fuera de España y sus padres se vinieron cuando apenas tenía diez años. Había estado viajando de aquí para allá en caravana. Sus padres eran bastante hippies, pero hacía cosa de cinco años que se mudaron a este pueblito. Por desgracia también vivía solo. Sus despreocupados padres decidieron seguir viviendo sus últimos años viajando por los pocos lugares que les quedaba por ver y se largaron sin más que dejándole una carta.

La verdad es que teníamos muchas cosas en común, aunque a simple vista no lo pareciera. También tenía un pensamiento bastante más avanzado a los tiempos en los que vivíamos. Los dos nos sabíamos cuidar solitos y los dos estábamos solos. Aunque ahora ya no. Ahora nos teníamos el uno al otro. Los dos sentimos una corriente inexplicable por todo el cuerpo desde el primer momento en que nos vimos. Y los dos teníamos la certeza de que ese era solo el principio de algo grande.

CAPÍTULO 11

Estaba tan tranquila leyendo en el salón principal, sumergida en “Orgullo y Prejuicio” de Jane Austen, que no pude reaccionar al primer ruido. Se había abierto la verja de fuera. No le di mucha importancia pues sabía que dentro de nada llegaría Marcus del mercado. Continué leyendo, pero pasaron los minutos y nadie llegaba a la puerta principal. No se habían escuchado pisadas en la gravilla del camino de la puerta metálica a la principal. Ni habían crujido los escalones de madera que llevaban al porche de la entrada. Dejé el libro abierto por la página en la que me había quedado, boca abajo, en la mesita que había justo al lado del sofá. Me dirigí hacia la puerta para comprobar que había sido la puerta de mi casa la que había escuchado. Quizás el viento la había abierto al estar mal encajada. A escasos dos metros de distancia de la puerta vi como alguien movía la maneta bruscamente. Me quedé paralizada. Horrorizada. El miedo me recorrió el cuerpo. Podía sentir los latidos de mi corazón en la garganta. Esperé. Dos minutos quieta, sin mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Hasta que golpearon la puerta como si no hubiera un mañana a la vez que volvían a girar la maneta intentando abrir la puerta. En ese momento me entraron ganas de salir corriendo hacia la planta de arriba y meterme debajo de la cama a esperar a que, lo que tuviera que pasar, pasase. Pero me armé de valor y decidí abrir la puerta. Un arrebato inconsciente. Lo sé. Pero lo sorprendente es que tras la puerta no había nadie. Salí al porche y miré a ambos lados, pero nada. Ni pisadas en el camino ni la puerta de fuera abierta. Volví a entrar en casa cerrando la puerta tras de mí. La situación me dejó desconcertada y con un mal presentimiento. Además, no hace falta decir que esa noche no pegué ojo.



Alan, además de guapo, era extremadamente inteligente. Tenía unos temas de conversación bastante cultos, pero seamos sinceros, a todo el mundo le aburre hablar de filosofía, política y de temas económicos. A parte de vino, que casi me bebí yo la botella entera, trajo comida rápida. Un hombre atento y conquistador pensé cuando me la enseñó. Este sí que sabe conquistar a una mujer. No se arriesga a invitarla a salir a cenar fuera. Se presenta directamente en su casa, que así no tiene escapatoria. Me pregunto si habrá usado esa estrategia con muchas mujeres.

Una vez terminado todo lo que había en los platos decidí distraerme un poco y contarle lo que había encontrado cuando llegué a esta casa. Le mencioné las cartas y como buena periodista que soy, me informé de las personas que habían vivido aquí antes que yo.

Él se quedó estupefacto. Le fascinaron las cartas y la posible historia que escondían. Pero no le hizo tanta gracia la palabra “periodista”. Puede que hubiera tenido algún problema con algún

compañero de mi oficio, con todo eso de ser policía. Puede que intentaran meter las narices donde la policía no quería. Pero hice como si no hubiera notado nada.

Me dijo que le encantaban los misterios y que si necesitaba ayuda para rebuscar en el pasado de esta casa él se ofrecía voluntario.

Me pareció muy tierno. Yo no estaba acostumbrada a trabajar en equipo. Me gustaba ir por mi cuenta y buscar las cosas a mi modo. Pero también es verdad que no eran comparables los compañeros que había tenido en el trabajo, con este hombre escultural. Puede que no fuera tan mala idea tenerlo cerca un par de horas al día.

CAPÍTULO 12

¿Alguna vez has temido por tu salud mental? Yo sí. Y ya te adelanto que no se pasa nada bien. Loca. Suena a persona que ha perdido su sano juicio. A la que no hay que hacerle caso porque todo lo que dice carece de sentido. Pero yo no estaba loca. Yo me estaba volviendo loca. O mejor dicho me estaban volviendo loca.



Busqué y rebusqué. En los libros de historia del pueblo, en periódicos pasados, revistas inmobiliarias, pero nada. No había ni rastro de la casa ni de la familia que la habitaba. Solo me faltaba preguntar a los vecinos. A alguno que tuviera la suficiente edad como para haber podido conocer por lo menos al último inquilino antes que yo. Así que me dirigí a casa de la vieja confiable. La señora Agatha y yo habíamos hecho buenas migas en los tres meses y medio que llevaba allí.

A veces se venía a mi casa con la excusa de estirar un poco las piernas. Siempre se mofaba de lo grande que era. Decía que siempre que se sentía un poco oxidada la mejor opción era venir a caminar por toda mi casa. Que superaba con creces las hectáreas del parque. Y muchas otras veces era yo la que me acercaba a su humilde morada, con un bizcocho casero y ella preparaba unas tazas de café para poder merendar a gusto mientras me contaba alguna interesante anécdota de su pasado.

La señora Agatha contaba ya con ochenta y cuatro años, pero ella se sentía fresca como una veinteañera. Ese día le dejé que me explicara no sé qué de su padre cuando tuvo que irse al frente a luchar contra no sé qué países. La verdad es que no le presté mucha atención. Estaba intentando pensar en cómo intervenirla. Y se lo pregunté sin más.

—¿Usted lleva viviendo aquí muchos años, no?

—Pf... muchísimos, hija. Podría decirse que décadas. Me vine a vivir con mi marido, que en paz descansa, cuando éramos unos jovencitos.

—Entonces usted llegó a conocer a las personas que vivieron en mi casa antes que yo, ¿no?

—Sí, querida. Me acuerdo como si fuera ayer mismo. Una pareja encantadora. Más o menos así como tú, de la misma edad quiero decir. Ella era una muchacha monísima. Con el pelo larguísimo y rubísimo. Y él era un tipo bastante escuchimizado, pero se le veía que estaba loco por ella. Aunque también se le veía una mirada oscura al fondo. Muy al fondo de sus ojos. No sabría decirte bien, bien, que era. Pero no acabaron muy bien las cosas.

—¿Y eso por qué?

—La pobre chiquilla empezó a volverse loca en esa casa. Se rumoreaba que había fantasmas en ella mucho antes de que vivieran ellos. Ya sabes que donde hay casas grandes y viejas suele

haber todo tipo de leyendas sobre estas, pero tú no tienes por qué creértelas.

—¿Entonces se fueron de la casa porque creían que había fantasmas? Vaya razón más tonta para abandonar un hogar. —Puse los ojos en blanco y me reí de lo ridículo que sonaba.

—Por desgracia no fue así, cariño. Ojalá se hubieran marchado cuando estuvieron a tiempo...

Bajó la mirada hacia sus pies. Parecía que realmente le daba pena la historia. Tomó un sorbo de café y viendo que yo estaba esperando sin decir ni una sola palabra, continuó.

—La pobre chica insistió en que en esa casa habitaba algo oscuro, pero ni siquiera su marido la creyó. Recuerdo haberlo escuchado hablar con algún hombre en el pueblo acerca de lo que decía su mujer y tratarla de loca delante de ellos. Lo recuerdo perfectamente porque me dio mucha rabia. Tan enamorados que parecían estar cuando llegaron y ni siquiera tomaba en serio lo que decía su mujer y se mofaba de ella con los bastardos del pueblo.

—Menudo cabrón. Si es que todos los hombres son igual de mezquinos.

—Todos no hija, —me riñó frunciendo el ceño— mi Fernando era un hombre de verdad.

—Perdone, era solo una frase hecha. Bueno, entonces que es lo que les pasó. ¿Por qué se fueron de la casa?

—Una tragedia. Se dice que ella se cansó de que nadie la creyera y juraba hasta por su propia vida que lo que decía era verdad. Decía que tenía miedo en esa casa y que no viviría ni un solo día más en ella. Yo pensaba que lo decía porque pensaban mudarse. Pero no. Al día siguiente apareció muerta en su cama. Al parecer se suicidó. Se rumorea que lo hizo con un bote de pastillas que tenía su marido, otros dicen que se cortó las venas en la bañera y alguna vez también he escuchado decir que fue el marido quien la mató. Aunque ya sabes cómo son los rumores, que no sabes cuál de ellos es cierto. Los únicos que debieron saberlo fueron los policías que llevaron su caso.

La historia me dejó bastante impactada. Todo lo que la señora Agatha me acababa de contar tenía muchísimo sentido con las cartas que había encontrado en aquel baúl. Hablaba de que la casa estaba embrujada y de que veía cosas que no parecían ser ciertas.

—¿Y qué fue del marido?

—A saber. Nadie supo de él desde que se encontró a la muchacha muerta. Como si la tierra se lo hubiera tragado. Pero lo que más lástima me dio fue el pobre niño.

—¿Niño? ¿Qué niño?

—El que habían tenido. Era muy pequeño cuando ocurrió todo lo de su madre y desapareció junto a su padre. Nadie supo más noticias sobre ellos.

—Dios mío...

—No, cariño, no te confundas. Esto no tuvo nada que ver con Dios. Créeme. Más bien con todo lo contrario.

—Y ya le hago la última pregunta, se lo prometo —le dije con una media sonrisa, quitándole un poco de hierro al asunto—. ¿Recuerda usted alguno de sus nombres?

La señora Agatha se quedó pensativa. Habían pasado muchos años y la pobre ya tenía una edad. Lo que le estaba pidiendo era casi un milagro, pero aun así hizo el esfuerzo de complacerme.

—Pues si no recuerdo mal ella se llamaba Elisabeth. Como aquella escritora francesa, muy conocida por mantener una relación lésbica con otra escritora estadounidense, a principio del siglo XX. También fue duquesa de Clermont-Tonnerre.

Al ver que ponía cara de no tener ni idea de lo que me estaba contando dejó el tema e intentó recordar el nombre de él y del niño.

—De él sí que no lo recuerdo muy bien. Era algo así como Mar, Marco o algo de este tipo. Me resultó un poco extraño y refinado. Y el del niño creo que ni siquiera llegué a saberlo.

Bueno, al menos ya sabía un poco más sobre la mujer de las cartas. Elisabeth. ¿Qué es lo que te pasó, Elisabeth?

CAPÍTULO 13

Los primeros meses todo fue genial. Vivíamos en un mundo de color de rosa. Todo era luz y alegría. Como en todas las relaciones hacíamos planes de pareja. Íbamos a pasear por el jardín de la plaza del pueblo, a tomar un helado, al cine, a la bolera...

Lo mejor de todo es que éramos nosotros mismos. No teníamos a nadie más con quien compartir el tiempo así que prácticamente pasábamos todos los días juntos. Y era un alivio no tener que presentarle a mis padres para que le dieran el visto bueno. Aunque sé de sobras que les habría gustado.

A los ocho meses más o menos decidimos dar un paso más en nuestra relación e irnos a vivir juntos. No era muy diferente a lo que ya habíamos estado haciendo. Antes estábamos un par de días en su casa y otros dos en la mía y así sucesivamente. Pero ahora era en serio. Habíamos decidido, bueno él decidió, que vendería su casa y se instalaría en la mía. Y yo, que de la emoción del momento no podía ni hablar, solo pude asentir con la cabeza mientras le daba un largo y apasionado beso en los labios.

* * *

Me sorprendió lo bien que llevamos la convivencia. Casi no nos molestábamos el uno al otro. Comíamos, veíamos alguna película juntos, dormíamos juntos... Pero también nos dejábamos nuestro espacio. Él se montó su lugar de trabajo en el sótano. La verdad es que no me molestó en absoluto que ni me lo preguntara porque era una parte de la casa que me parecía un poco bastante siniestra y apenas bajé allí un par de veces cuando vivía con mis padres.

No sabía exactamente a qué se dedicaba. Decía que su trabajo no tenía un nombre fijo como farmacéutico, cirujano o empresario. Era un emprendedor. Estaba buscando y probando la fórmula perfecta para crear unas pastillas que, a día de hoy, se venderían como la leche. Todas las mujeres buscan bajar de peso con dietas milagrosas y su idea era ofrecerles una maravillosa solución sin dejar de disfrutar comiendo.

De la manera que me lo explicó la primera vez me maravilló. Yo no es que necesitara bajar de peso. A decir verdad, me gustaba mi complexión, pero aun así me lo expuso tan bien que me entraron ganas de ver si realmente funcionaban. Y a él no le hizo falta ni pedírmelo. Fui yo la que le sugerí ser su conejillo de indias. Y ese fue mi segundo error con Marcus. El primero, por supuesto, fue conocerle y dejarle entrar en mi triste vida. Pero yo aun no lo sabía.

CAPÍTULO 14

Desperté por el calor que hacía en la habitación. Aun no estábamos en verano, pero el ambiente se notaba bastante pesado. Abrí los ojos casi por inercia y me quedé petrificada cuando vi una sombra. Me encontraba tumbada de cara al techo y apenas podía moverme. No sé si por el miedo o por esos momentos de parálisis que me entran a veces. Solo me suelen dar cuando me encuentro en momentos de mi vida de mucho estrés. Y con todo lo que estaba viviendo no me extrañaba nada que fuera uno de esos momentos. Marcus dormía a mi lado. Me estaba dando la espalda, pero podía escuchar su leve respiración mezclada con algún suave ronroneo que pretendía ser un ronquido. Y en el umbral de la puerta del dormitorio había alguien. Una figura oscura apoyada en el marco de la puerta, un poco entreabierta. Por ese resquicio entraba una leve luz y daba algo de color a la figura misteriosa. Me tiré un rato mirándola fijamente, ya que mi cuerpo no me permitía ningún tipo de movimiento y cuando mis pupilas por fin enfocaron más allá de la oscuridad, no me pude creer lo que vi.



—Hola, ¿Alan?

—Sí, ¿quién es?

Su voz sonaba sexy hasta por el teléfono móvil.

—Soy Julia, tu vecina del...

—Ah sí, sí. —Me cortó advirtiéndome que no necesitaba más datos sobre quién era—. ¿Qué tal?

—Muy bien... Emmm, mira, te llamaba porque estoy haciendo una pequeña investigación sobre los antiguos inquilinos de mi casa y como me dijiste que contara contigo si necesitaba cualquier cosa...

—Sí, claro. Genial. ¿Qué necesitas?

—Pues me interesa todo lo que puedas saber sobre ellos. Por ahora lo único que sé son sus nombres y algunas leyendas que cuentan sobre lo que les pasó. Cualquier información que tengas me sirve.

—Perfecto pues te mantendré informada.

—Sé que igual es abusar un poco de tu estatus. No quiero que te veas obligado a nada ni que hagas nada que pueda relevar tu cargo en...

Me estaba liando yo sola. Menos mal que no me dejó terminar todo el repertorio de explicaciones y tonterías que estaba diciendo sin pensar.

—No te preocupes Julia, de verdad.

No podía verlo, pero sé que eso lo acababa de decir con una sonrisa. Solo le faltaba una excusa de este tipo para poder pasarse por mi casa cada vez que le venga en gana. Y no voy a

negar que eso me encantaba.

* * *

Apenas tardó un par de días en encontrar todo tipo de información y no sólo de la pareja que vivió antes que yo, sino también de la familia de antes.

Las fichas policiales y del registro de la propiedad de esta casa consta desde la fecha de los años sesenta. En ella vivían Robert y Virginia Boîte, con su hija Elisabeth. Vivieron en ella hasta los años ochenta. Robert y Virginia tuvieron un accidente de coche. Al parecer volvían del pueblo y se chocaron con un hombre que había cogido el coche ebrio.

No hubo mucho que investigar sobre ese accidente. Robert murió en el acto porque era el conductor del vehículo y el otro hombre también. Pero de Virginia no dicen nada. Solo dice que sobrevivió. Pero hay un informe médico adjunto al archivo en el que se informa la muerte de ella unas semanas después. La causa de la muerte es el síndrome del corazón roto. El documento está firmado por el doctor M. T, y poco más.

En ese momento la casa pasó a ser de su hija Elisabeth Boîte. La cual no duró mucho en ella porque hay un certificado de defunción casi de un año después. Desde entonces la casa quedó desierta ya que en el documento de herencia donde el señor Robert Boîte declaraba que le dejaba la casa a su única hija y heredera, había una cláusula añadida en la que prohibía la herencia de la casa a ningún marido que ella tuviera. Así que su actual marido, en ese momento Marcus Terb, no heredó la casa de la familia Boîte.

Alan me dejó impresionada con toda la información que pudo conseguir. Creo que me había equivocado de profesión clarísimamente.

—¿Has encontrado algo sobre la muerte de Elisabeth?

—Pues su caso fue bastante curioso. En el informe mencionan que tenía algunas marcas de forcejeo, pero su marido no tenía ni un solo rasguño. Y el cuerpo se encontró tendido en la cama. El arma del crimen fue un cuchillo que se encontró en el suelo y tenía las muñecas totalmente rebanadas y dos charcos de sangre cubriendo cada una de ellas.

—Un poco raro todo.

Frunció el ceño y continuó leyendo el informe.

—Se clasificó el caso como un simple suicidio ya que no se encontró ninguna prueba incriminatoria hacia su marido. —Se quedó en silencio unos segundos—. Alguien que se quiere suicidar no lo hace en esas condiciones. Normalmente, bajo mi experiencia, casi el noventa por ciento de los casos de suicidio son en el baño. Resulta más fácil para las víctimas estar en una bañera que en una cama. Además, en la autopsia se encontraron restos de una substancia que se utiliza en el campo de la psiquiatría. Algo parecido a los antipsicóticos.

—¿Por qué se tomaría una gran cantidad de pastillas, que probablemente ya le causarían una muerte segura, y además cortarse las venas?

Me miró como si estuviéramos teniendo el mismo pensamiento. Elisabeth fue asesinada. No sabemos por quién ni por qué, pero de seguro que ella no se lo hizo.

—¿Y del niño que tuvieron Marcus y Elisabeth has encontrado algo?

Me miró extrañado y sorprendido a la vez.

—¿De qué niño me hablas?

—La señora Agatha, mi vecina de enfrente, me dijo que tuvieron un hijo y que era muy pequeño cuando pasó todo.

—Pues esa señora, la tal...

—Agatha

—Pues la señora Agatha debe haberse confundido porque si hubieran tenido algún hijo lo habría encontrado, ¿no crees?

Con toda la información que había encontrado Alan, me pareció muy raro que no hubiera constancia de ningún hijo. La señora Agatha había acertado dos de las tres cosas que me dijo y sinceramente no creo que se esté equivocando. Así que de la misma manera que alguien simuló el suicidio de Elisabeth, también encubrió el nacimiento y existencia de este crío.

CAPÍTULO 15

Llegué a un punto de locura en el que no sabía diferenciar lo que era real de lo que era objeto de mi imaginación. Tampoco sabía quién estaba de mi lado ni si podía confiar en Marcus. Desde que bajé al sótano me pareció que la actitud de mi marido había cambiado. Me miraba y ya no veía sus ojos, sino una sombra oscura que no sabía exactamente lo que me quería decir. Empecé a tenerle miedo a todo. Hasta el simple silbido de la cafetera me hacía pegar un bote. Mi mente me jugaba malas pasadas y seguía pensando que algo me estaba acechando.



Al leer esta carta me di cuenta que el sótano era la única parte de la casa a la que no le había echado un vistazo. Tal y como narraba en sus cartas Elisabeth, era una estancia cargada. Escondía algo oscuro. No me preguntes el qué porque no te lo sabría decir, pero para que lo diga yo, que creo que los fantasmas son los tíos que me encuentro los viernes por la noche cuando salgo de fiesta, que diga esto sobre el sótano ya tiene que ser fuerte.

Casi me mato por culpa de uno de los escalones. La madera está tan podrida que una de las baldas de la escalera se ha partido al notar mi peso. Menos mal que soy joven. Sí, casi treinta años todavía se considera joven, ¿vale? Y tengo buenos reflejos. La carrera de periodismo no solo te enseña a investigar y a meter tu hocico donde no debes. También te entrena a esquivar objetos voladores no identificados en una milésima de segundo, de algún entrevistado al que no le ha gustado tu pregunta o tu artículo.

Las telarañas ocupaban prácticamente todo el habitáculo. Tuve que apartar unas cuantas que se interponían en mi camino hasta llegar a la mugrienta ventana. Me costó abrirla al principio. Parecía que estaba atascada, a saber desde cuándo no se abría. Si esto hubiera sido un castillo, estoy segura que al abrirla habrían salido un par de murciélagos buscando aire fresco, sin importarles la luz del exterior.

Me puse manos a la obra con la operación limpieza a fondo. Me llevó unas cuantas horitas, hasta que por fin conseguí que brillaran las mesas de madera vieja. Desinfecté todo tan bien que hasta se podía comer en ellas.

Traje mi ordenador y mis carpetas. Bauticé el sótano como despacho. Mientras esperaba a que se encendiera el portátil me di cuenta que una de las mesas estaba coja. Justo era la que mejor aspecto tenía y sobre la que me había decidido a poner todas mis cosas de trabajo. Arranqué una hoja de mi libreta y la doblé tantas veces que quedó un cuadrado minúsculo. Me agaché a colocar el papelito en la pata que era más corta que las demás, para que no cojeara tanto, pero reparé en que sobresalía algo. Estiré y saqué un papel enrollado. Una especie de pergamino de un leve color

amarillento que me indicaba que podría haber estado ahí metido desde hacía tiempo.

Se trataba de un simple certificado de matrimonio. Fechado el 13 de noviembre del 1979. En este no aparecían los nombres completos. Simplemente las iniciales M. T. S por la parte masculina y V. B. C por la femenina. La verdad es que no me decían mucha cosa estas iniciales, pero puede que tuviera algo que ver con el asesinato de Elisabeth y me había propuesto llegar hasta el fondo de este asunto.

Levanté la mirada del certificado a mi ordenador, que aún estaba encendiéndose, y vi el reflejo de alguien en la ventana, de cuclillas mirando hacia el interior. Me giré rápidamente después de recomponerme del susto y solo pude ver a esa persona huyendo.

Sin pensármelo dos veces, con la mano puesta en el pecho, llamé a Alan.

Llegó en escasos dos minutos.

—¡Qué rápido has llegado!

—Sí... emmm... estaba por la zona. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé muy bien, ha sido tan solo un segundo, pero juraría que he visto a alguien desde la ventana del sótano.

—Puede que haya sido un vecino fisgón o algún sinvergüenza.

—¡O un ladrón!

—También puede ser. Pero no te preocupes me quedo esta noche contigo si quieres. Por si vuelve a aparecer, claro. Para que no estés sola.

Me pareció muy extraño que estuviera en el barrio justo cuando vi a esa persona espiándome, pero no le di mayor importancia. Era policía. Y fue un alivio que se ofreciera para mantenerme segura, sin que se lo tuviera que pedir yo. Obviamente yo sabía cuidarme bien solita, pero no iba a negar que en su compañía estaría muchísimo mejor.

CAPÍTULO 16

Me desperté algo traspuesta. Me había parecido oír un ruido. Miré el reloj de aguja que había encima de la mesita de noche del lado de Marcus y pude ver que eran las siete de la mañana y que él no se encontraba a mi lado. Ya se colaban los rayos del sol de primera hora de la mañana entre las cortinas. Y se podían oír las primeras notas de música que salían de los picos de algunos pajarillos.

Me levanté, tapándome con la bata de estar por casa y bajé a la cocina a desayunar. Ya hacía una semana que había empezado a probar las pastillas que fabricaba Marcus, pero no notaba ningún cambio, ni en mi físico, ni en mi metabolismo. Tampoco había sentido ningún efecto secundario, como me había advertido Marcus. Ni mareos, ni náuseas o vómitos. Tampoco pérdida de la visión en algún movimiento brusco. Nada de nada. Me preparé un café con un par de tostadas y me senté en la mesa del comedor. Mientras me tomaba el desayuno me quedé embobada mirando mi reflejo en la ventana. Fuera se podía vislumbrar el amplio huerto, muerto del asco. Más que un huerto ahora parecía un trozo de la parcela de un bosque. Pero en vez de contemplar esos monstruosos matorrales, que sin duda un día tendría que podar, miré mi reflejo. Puede que con la esperanza de verme algún cambio. Me entretenía ver como cogía la tostada y la mordía, cayendo las migas de vuelta al plato de donde provenían. Hasta que me di cuenta que el reflejo que estaba observando no era el mío. Mis movimientos no correspondían a la oscura figura de la ventana. De un salto me levanté y como un acto reflejo me di la vuelta esperando ver a la extraña figura, que me había robado el reflejo, tras de mí. Pero ahí no había nadie más que yo. Volví a mirar el cristal de la ventana, pero ya no estaba. Ahora sí que me veía a mí y únicamente a mí. Me quedé pensativa terminándome el café. Las tostadas no pude terminármelas. Tenía un nudo en el estómago que no sabía cómo desenredarlo.

¿Habría sido todo fruto de mi imaginación? Puede que estuviera demasiado dormida aun y mi subconsciente me había hecho soñar despierta. Lo que sí que sabía es que me había dejado el miedo en el cuerpo y juraría que no me lo había inventado. Realmente había habido alguien aquí.

CAPÍTULO 17

Dejé de tomar las pastillas sin que él lo supiera. No sé qué es lo que eran, pero para adelgazar seguro que no. Y entonces empecé a verlo todo más claro. Aunque seguía sintiendo que algo rondaba por mi casa a su gusto. Seguía viendo cosas raras y sombras de alguien que se movía por mi casa, silenciosa, pero dejaba el rastro.



—He encontrado algo.

Me miró intrigado y sin decir nada más lo llevé al sótano. Allí rebusqué entre los papeles que tenía en la mesa. El certificado se había caído al suelo al darme el susto de la persona misteriosa. No me hizo falta decirle nada, simplemente le tendí los papeles y se tomó unos segundos para leerlos en profundidad.

—No entiendo. ¿Qué se supone que tengo que ver aquí?

—Me lo he encontrado escondido en una de las patas de la mesa, ¿no te parece raro?

Siguió mirándome como si no supiera de qué estaba hablando.

—¿Te dicen algo las siglas de los implicados?

—Sinceramente no Julia. ¿No crees que le estás dando muchas vueltas a un tema, que bueno, que ni siquiera es un tema? Los antiguos inquilinos de tu casa eran un poco raritos y ya está. Estás buscando un caso de algo que en realidad no ha pasado. Típico de los periodistas...

—Alan, te digo yo que Elisabeth no se suicidó. Llámalo sexto sentido o intuición femenina. Como tú quieras. Pero sé que detrás de este suicidio hay algo y pienso averiguarlo.

—Haz lo que quieras, pero estás perdiendo el tiempo.

—Muy bien, pues prefiero perder el tiempo sin compañía.

Le señalé con el dedo índice la puerta. Me había ofendido. No le estaba pidiendo permiso. ¿Quién se creía que era, mi padre? Solo le compartía información y me estaba insultando en mi propia cara. Mi deber como periodista era destapar chanchullos y presentía que este era uno, y de los gordos. Si Alan no quería ayudarme perfecto, pero entonces que no se metiera en mi camino.

* * *

—¿Ya te has leído todas las cartas de esa chica muerta?

Silvia era de lo más cotilla. No le interesaba ni lo más mínimo la historia que hubiera vivido esta pobre mujer. Solo quería saber si había algo interesante para poder subirlo a las redes sociales y llevarse la exclusiva. Las revistas de prensa amarillista son así de rastreras. Pero a

pesar de eso, mi amiga era buena persona y por eso era mi amiga. Aunque eso no quita que le ocultara información. Por si acaso. Para curarme en salud.

—No, todavía me quedan algunas. Por ahora estoy siguiendo una pista. Un hilo del que tirar.

—¿De qué se trata?

—Sílvia, ya sabes que no puedo hablar de los casos que investigo.

Un programa de lavadora en la lavandería daba para mucha conversación con mi amiga, y me daba miedo que se me escapara algo. Así que desvié un poco el tema.

—He discutido con Alan.

Lo solté así, sin anestesia ni nada. La cara de mi amiga cambió en un segundo. No sabía muy bien cómo descifrarla.

—¿¡QUÉ!? ¿El Dios griego?

Asentí con la cabeza y cerré los ojos esperando la bronca que me iba a soltar.

—¿Estás loca o qué te pasa? No puedes perder a un hombre con ese porte. Vamos, que si yo estuviera soltera lo ataba a la cama y no lo dejaba escapar.

—Ya, pero yo no soy tú.

Cerró la boca. Ella sabía que a mí no me importaba nada el físico. A ver, obviamente es importante la atracción física, pero a lo que me refiero es a que necesito otras cualidades aparte de estar bueno. Como por ejemplo, que tenga confianza en mí y aunque no esté de acuerdo en algo que yo vaya, o esté haciendo, no me trate como si estuviera loca.

De golpe caí en la cuenta de que estaba metiéndome mucho en la piel de Elisabeth. Pobre mujer. Ahora entendía un poquito más cómo era que te trataran como si estuvieras paranoica y que nadie quiera ayudarte.

Por fin terminó de centrifugar la lavadora y la metimos en los dos cestos que llevábamos. Le agradecí a mi amiga que me ayudara a hacer la colada el único día que venía a visitarme. A mí sola me habría resultado difícil cargar con todo y habría tenido que hacer dos viajes.

Estábamos saliendo de la lavandería, cuando a la mujer de delante se le cayó una camiseta de interior. Me agaché para recogerla y me di cuenta que en la etiqueta había unas iniciales grabadas. La mujer me la quitó de las manos a toda prisa y desapareció de mi vista como alma que lleva al diablo. Justo en ese momento no recordé dónde había visto esas iniciales. Pero cuando llegué a casa se me encendió la bombilla.

—¡Ya sé dónde las he visto!

—¿Qué?

Pasé completamente de la pregunta de mi amiga y fui a paso ligero hasta el sótano. Estaba casi segura que las iniciales de la prenda de esa mujer eran las mismas que las que aparecían en el certificado de matrimonio.

Busqué por todas partes, pero no encontré el certificado. Había desaparecido. ¿Enserio? ¿Cómo puede desaparecer un papel así como así? Me tiré un rato revisando entre mis documentos a ver si por casualidad estaba entre ellos, pero no. No había ni rastro. Todo me pareció muy raro. Algo empezaba a oler a chamusquina. Y todo indicaba a que me estaba acercando a algo grande. Algo tan grande que lleva a alguien a entrar en una casa a robar un documento. Y con este hecho, me confirmaba que la mujer que había encontrado en la lavandería tenía algo que ver.

CAPÍTULO 18

Acababa de darme un baño relajante, cuando todos mis músculos volvieron a engarrotarse. Mis oídos acababan de escuchar el crujir de la madera del pasillo. A sólo unos cinco pasos de distancia. Me apresuré en vestirme e ir a por la polaroid que me había regalado Marcus unos días antes, como regalo de cumpleaños. El dormitorio está unido al baño, así que no tardé más de diez segundos en cogerla y volver a situarme enfrente del espejo. Me situé en un costado de éste. Mantuve mi cámara en posición. Preparada para disparar la fotografía en el momento en el que viera aparecer algo o a alguien.

Había vuelto a crujir la madera de la tarima. Esta vez sonaba prácticamente al lado de la puerta. Sentía el corazón a punto de salirse por la garganta. Esperé y esperé. Cada vez estaba más nerviosa y me planteaba salir corriendo. No sabía por qué estaba esperando allí. ¿Si realmente era alguien, qué iba a hacer yo? Si por casualidad hubiera entrado un ladrón ¿yo qué iba a hacer?

¡Una fotografía! Claro que sí, Elisabeth. Hola señor ladrón, sonría aquí antes de llevárselo todo y matarme por el camino.

Pero no. Por fortuna no era un ladrón. Por no ser creo que no era nada. Solo vi pasar una sombra negra por el umbral de la puerta. La cámara se me disparó del susto. Pero en esa fotografía no apareció nada. Fui en la dirección en la que había visto cruzar la sombra, pero tampoco había nada. Rebusqué por toda la habitación, pero no hallé nada. Como si hubiera sido una partícula de polvo en un leve pestañeo. Nada.



—¡Hombre! Ya pensaba que te habías olvidado de mí.

La señora Agatha a pesar de ser una señora bastante mayor, tenía mucho sentido del humor y creo que es por eso que me gustaba tanto. Era una mujer alegre con la que me lo pasaba muy bien. No tenía ningún pelo en la lengua. Todo lo que le pasaba por esa cabecita lo soltaba sin tapujos. Y daba los mejores consejos que una pueda recibir. Su recorrido en la vida le había enseñado muchas cosas y ella se ocupaba de que no cometiera ninguno de sus errores. Bueno, como decía ella, sólo me dejaba cometer los errores necesarios para aprender de ellos. Puede que por eso, tenía toda mi confianza depositada sobre esa amable ancianita.

—Cómo me voy a olvidar de usted... Sólo he estado un poco liada. Además, el otro día entraron en mi casa y he tenido que poner alarmas y otras cosas, que me ofrecen algo más de seguridad.

—¿Qué me dices niña?!

Abrió tanto los ojos que pensaba que en cualquier momento se le saldrían de sus órbitas.

—Lo más extraño es que no se llevaron nada mío.

—¿Entonces para qué entraron?

—Para llevarse una cosa que encontré de los antiguos propietarios.

Estaba esperando a que continuara hablando. Pero no quería agobiarla con mis cosas.

—No tiene importancia, señora Agatha. Por cierto, usted me contó que la anterior pareja que vivió en mi casa había tenido un hijo.

—Así es, querida.

—Pero he estado buscando alguna evidencia de ello y no aparece ni una ficha de nacimiento ni nada que demuestre que ningún niño ha existido.

—Yo sé lo que vi, hija. Y ese hombre salió de su casa por última vez de la mano de un niño. Deduje que sería suyo porque él le llamó papá.

* * *

Entonces todos mis pensamientos empezaron a hacerse un nudo en mi cabeza. Por ahora estaba casi segura que la mujer misteriosa era la misma que se citaba en el certificado de matrimonio. Por la otra parte deduzco que el marido tuvo que ser Marcus. Además, las siglas coincidían. Y tampoco tendría sentido que no fuera ni de Marcus ni de Elisabeth, estando escondido en su casa.

Por lo tanto, según mis deducciones, Marcus estaba casado con esta otra mujer. Puede que Elisabeth lo descubriera y por eso se quitara la vida.

No, la asesinaron. ¿Se enteró de que toda su relación era una farsa e iba a contarlo y por eso la mataron? No tenía pinta de muerte por romance. Ni tampoco veía un posible soborno.

Ay, Elisabeth. ¿Qué es lo que averiguaste para que te costara la vida?

CAPÍTULO 19

Cada día que pasaba era un día más en esta inmensa cárcel de pladur. Marcus no me tomó en serio cuando le expliqué que el otro día mientras desayunaba vi a alguien detrás de mí, pero que tan sólo fue un segundo. Y que cuando me di cuenta ya había desaparecido. Asimismo, también me miró como si estuviera loca, cuando le conté mi traumática escena de la puerta de la entrada, o el susto del baño. Ni siquiera vi en sus ojos un reflejo de confianza. Me tomaba por psicótica. Incluso me pareció verle una media sonrisilla, casi imperceptible. Pero que no pasó de inadvertida ante mí. Insinuaba que estaba paranoica. Que estaba cansada o que me aburría demasiado y por eso estaba viendo cosas. Puede que ni siquiera creyera que realmente las veía. Sospechaba que estaba haciendo una llamada de atención.

—Es normal que te pase, cariño, estás muchas horas aquí sola. Yo me voy a primera hora de la mañana al sótano y no vuelvo a subir hasta por la noche. Haciendo únicamente, el parón para comer, en el que de últimas ni subo al comedor.

—Marcus, te estoy hablando en serio. No me lo estoy inventando. Lo que he visto es verdad. Puede que haya algún ladrón husmeando por la casa y no me hace ninguna gracia que no hagamos nada al respecto.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Vamos a la policía y le contamos todo eso? Por el amor de Dios, Elisabeth, sabes que no tiene ni pies ni cabeza lo que relatas. Probablemente te encierren por histérica.

Tenía razón. Y me jodía que la tuviera. No podía presentarme en comisaría y explicarles lo que había visto, porque ni siquiera yo sabía al cien por ciento lo que había visto.

* * *

Pasaron las semanas y siguieron ocurriendo cosas extrañas. Pero más extraño fue que sólo me pasaran a mí. Había alguna presencia que me quería decir algo. O puede que me quisiera hacer daño. Puede que fuera mi padre que aún seguía cabreado conmigo por haberme largado de casa. Para ellos tuvo que ser una deshonra. El hazmerreír de todo el pueblo. Quizás seguía enfadado conmigo y no me iba a dejar vivir de nuevo en su casa. Quería echarme de ella haciéndome volver loca.

CAPÍTULO 20

Hoy Marcus me ha propuesto ir a cenar fuera de casa. He tenido que negarme. Ya no me siento cómoda con él. Me da mala espina. Parece que esté intentando volverme loca. Primero no me cree y ahora quiere llevarme a cenar a un restaurante. ¿A qué está jugando?

Puede que lo que quiera es que salga de casa y mantenerme entretenida mientras un socio suyo entra en casa, a saber para qué. Igual nos saquea la casa entera. O quizás se esconde en algún lugar del interior y por la noche, cuando nadie mire, aprovechen para matarme y quedarse con toda mi herencia.

Pues ni hablar. No pienso salir de casa para nada.



Apenas eran las nueve de la mañana y estaban llamando al timbre. ¿A quién coño se le ocurre venir a casa tan pronto? Me froté las manos contra los ojos para quitarme un poco las lagañas. Me aplasté el pelo para peinarlo y me puse la bata de estar por casa. Todavía refrescaba un poco a esta hora. Bajé las largas escaleras, intentando no rodar por ellas de lo dormida que estaba aun y cuando por fin llegué a la puerta, me llevé una sorpresa.

—Antes de que me cierres la puerta en las narices escúchame, por favor.

—Tienes dos minutos. Ni uno más ni uno menos.

—Vale, a ver, por dónde empiezo... —dudó un momento, ordenó las palabras que tenía que decirme y empezó a hablar.

—Cuando busqué toda la información que me pediste no caí, pero le he estado dando vueltas a los nombres y las siglas. A todos los familiares que vivieron aquí antes que tú y a las causas de sus muertes y entonces lo vi.

—Alan, no tengo todo el día.

—Las iniciales del médico que dictaminó la muerte de Virginia Boîte es Marcus Terb. M. T. El marido de Elisabeth.

Y el marido de otra mujer también. Pero preferí no contárselo.

—Eso no tiene ningún sentido, lo sabes ¿no?

—Lo sé Julia. Y te prometo que a mí también me costó creerlo. No habíamos caído antes porque era casi imposible y sería mucha casualidad que tuvieran relación. Pero tiré de mi agenda y me puse en contacto con algunas personas que me debían algún favor. —Me miró para analizar si sabía de lo que estaba hablando y continuó—. Me hablaron de una página donde constaban todos los médicos del condado, y me dieron un nombre de usuario y una contraseña para poder entrar. Busqué las iniciales en la página de doctores desde la comisaría y me apareció su nombre.

Era muy difícil saberlo porque en ningún lado consta que Marcus fuera médico, y de hecho no lo es. Está especializado en psiquiatría e investigación farmacológica. En internet no se habla de él, pero la policía siempre lo tiene todo bajo control. —Me guiñó un ojo y me soltó una media sonrisa—. En un apartado de la página aparece registrada la investigación en la que estaba sumergido. Le dieron un trofeo por una de las pastillas que creó, debieron de ser algo importante. La verdad es que no ponía de qué se trataba. Después no sale nada más en su expediente. Y para nosotros está desaparecido.

—¿Por qué me estás contando esto?

—Porque te quiero ayudar...

—¿Ahora si quieres ayudarme?

Fue a hablar, pero ni siquiera le dejé abrir la boca.

—Lo siento Alan, pero ya no confío en ti.

—¿Es por lo que te dije el otro día?

—No. Es porque siempre que pasa algo o encuentro algún hilo del que tirar, tú estás cerca. No sé si es buena idea que me ayudes con esto, pero gracias por la información.

—¿Te crees que yo también tengo algo que ver?

—No lo sé Alan. Sinceramente no lo sé. Y si de verdad quiero respuestas prefiero llevar la investigación yo sola.

Se le veía realmente asombrado con mi decisión. Creo que incluso vi decepción en su cara. Pero todo lo que le acababa de decir era verdad. Acababan de entrar en mi casa para coger algo que acababa de descubrir por casualidad. Además, había visto a alguien merodeando por mi casa. No sabía si había sido la misma persona. Y tampoco sabía quién era. Podría haber sido Alan perfectamente, aunque me negara a aceptarlo.

CAPÍTULO 21

Estaba yo, tan tranquila cocinando. Esa noche estaba de buen humor. Era raro, ya que llevaba unos días que me notaba desanimada. Sin ganas de hacer nada, ni de salir a dar un paseo. Los días trascurrían monótonos. Me despertaba, desayunaba, hacía la colada, comía, leía un rato en el porche, me daba un baño, cenaba y me iba a dormir.

Mi vida no era la más interesante. Pero esa noche me sentía con el suficiente ánimo, como para preparar algo más elaborado de lo normal. Decidí hacer lasaña. A Marcus no le apasionaba mi lasaña. Puede que por eso mismo escogiera esa receta.

Ya había untado el relleno en las finas láminas de pasta y había espolvoreado un poco de queso rallado por encima. Y justo cuando lo metí en el horno escuché una voz.

Provenía del sótano. No se distinguía muy bien. Se escuchaba como en una radio que no le llega suficiente señal. Como distorsionada. Pensé que había sido Marcus, que me había preguntado o dicho algo. Pegué un grito desde la cocina para preguntarle que qué era lo que me había dicho. Pero no obtuve respuesta.

Caminé hasta la puerta del sótano, la abrí y sin llegar a bajar, volví a preguntarle. Marcus me contestó que él no había dicho nada.

Me quedé un poco extrañada. Puede que hubiera sido algún coche con la radio puesta, pasando por delante de mi casa. Cuando hace aire se escucha hasta la televisión de la vecina de enfrente.

Volví a plantarme delante del horno. Y entonces volví a escuchar la voz. Esta vez más clara y más cerca. Me giré y miré en la dirección en la que la había escuchado, pero de nuevo no había nadie.

Se me puso el vello de punta. El miedo me recorría por todo el cuerpo. Era como un coche de carreras y tenía pista libre por todo mi cuerpo.

Estaba sacando la bandeja con mi lasaña del horno, cuando ocurrió por tercera vez. Esta vez la voz me había susurrado algo en la oreja. Acompañada de un aire frío que me había movido el cabello. La voz, clara como el agua, había provocado tal sobresalto en mí, que había provocado que se me cayese la cena al suelo. La voz sólo pronunció cuatro palabras. Y eso me bastó. «No confíes en él».



Alan no era el único que tenía contactos. Puede que incluso los míos fueran de mejor calidad, pero se piensa que la policía es la única que puede tenerlos.

Me puse en contacto con mi antiguo mentor, el señor Antonio Gracia, un hombre que podría ser perfectamente de la quinta de la señora Agatha. Le expliqué de manera superficial el caso que estaba investigando. Le sorprendió que estuviera metida en un caso tan simple. “Déjate de chiquilladas, de casas embrujadas o de vecinos raros, que tú tienes talento para las grandes noticias”. Me alababa, pero a la vez me provocó un sentimiento que no sabía exactamente cómo definirlo. Me hizo pensar en lo que Alan también me había dicho, que estaba perdiendo el tiempo en una tontería. ¿Y si detrás de toda esta historia no había nada? ¿Y si realmente Elisabeth sufría algún tipo de esquizofrenia paranoide y se suicidó?

No. No era ninguna tontería. Si no hubiera sido nada no habrían entrado en mi casa a llevarse la única prueba de confirmación que algo ocurrió con Elisabeth y Marcus.

Le pedí al señor Gracia que moviera sus hilos para darme una cita con el especialista Marcus Terb, del hospital psiquiátrico del condado. Se encerró en su despacho, cerrando las puertas correderas tras él. Era un hombre muy escrupuloso y le gustaba hacer las cosas en privado. Y tras alguna llamada a viejos amigos suyos me dio una mala noticia.

—Lo siento mucho Julia, pero el doctor Terb ya hace tiempo que no trabaja allí.

—¿Y no le han dicho por qué razón?

—Sólo me han dicho que de un día para otro desapareció. Ni siquiera tuvo la decencia de presentar su traspaso o su baja en persona. No se pasó ni a recoger sus cosas, así que imagínate.

Realmente Marcus Terb se había esfumado del mapa. No había dejado ningún tipo de rastro. Pero había tenido un descuido que le podría costar todo lo que había planeado. No había recogido sus cosas del hospital. Así que, si nadie fue a buscarlas, con un poco de suerte deberían seguir allí, en algún lugar.

* * *

Me había puesto mi mejor traje, para parecer lo más seria y profesional posible. Aparqué no muy lejos, en una callejuela con un descampado al lado y crucé la puerta giratoria del recibidor. Y con la mejor de mis sonrisas me presenté a la jovencísima recepcionista. Punto para mí, si es más joven que yo es más fácil de manipular.

—Buenas tardes señorita, mi nombre es Julia, trabajo para el periódico y estoy sumergida en una investigación en la que está implicado este hospital. Me gustaría hablar con alguien con un puesto superior.

La pobre muchacha se quedó boquiabierta. No había recibido noticias de nada y mis palabras le llegaron sin tener ni idea de lo que pasaba. Además, se veía que no llevaba mucho en su puesto y no quería jugársela tan pronto. Otro punto para mí, si la presionaba un poco puede que me dijera algo útil con la intención de que yo no informase a nadie que la pueda poner de patitas en la calle.

—Ho...hola. —A la pobre no le salían ni las palabras—. Enseguida aviso a alguien.

Hizo un par de llamadas desde el teléfono de recepción y me hizo esperar unos minutos. Al rato apareció una señora más mayor, más desgastada en la vida y con cara de no hacer amigos a menudo.

—Muy buenas, señorita, ¿de qué se trata su investigación?

—Pues mire señora...

—Dolores.

—Mire señora Dolores, estamos haciendo unas estadísticas sobre los hospitales más influyentes del condado y como comprenderá no podía faltar éste.

La señora relajó los músculos, que mantenían su cara en tensión y descruzó los brazos. Realmente se pensaba que era algo más grave.

—Para eso necesitaría acceder a los archivos del hospital. El punto más importante sobre estas estadísticas son la cantidad de médicos que ha habido desde los años ochenta hasta día de hoy. Por eso necesito las altas y las bajas de cada persona que haya trabajado o trabaje en este hospital.

Al principio pareció no convencerle mi discurso. Puede que hubiera sido demasiado simple para dejarme pasar. Pero finalmente accedió.

—Sígame por favor.

La seguí hasta un almacén en el que se agrupaban un puñado de cajas en estanterías. No había ni una sola pared libre. Me mostró la forma de etiquetado de cada estantería. Estaban ordenadas por año y por orden alfabético. Pero la verdad es que en esos papeles era imposible encontrar nada nuevo. Lo que yo quería era tener acceso a los objetos perdidos, que era probablemente donde tendrían las pertenencias que dejó Marcus.

—¿Y qué hay en aquella habitación contigua?

—Nada interesante, ahí solo guardamos los trastos. Objetos que se dejan algunos pacientes y otros que pierden los del equipo sanitario.

¡Bingo!

Me puse a buscar en los expedientes disimulando, pero la señora no me quitaba el ojo de encima y no paraba de hacerme preguntas absurdas sobre el estudio y de mi profesión en general. No se apartaba ni un segundo. Parecía no ser muy importante en lo que al hospital se refiere.

—¿Podría hacerme unas fotocopias de estos dos expedientes, los años setenta y los ochenta, por favor?

Se lo pensó un segundo y desapareció de inmediato por el pasillo. Ese era el momento de indagar en lo que realmente me interesaba. Ese cuartucho era aún peor que en el que estaban los expedientes. En este no parecía haber ningún orden y no tenía pinta de que estuviera ordenado ni por años ni por orden alfabético. Busqué un rato, pero no encontré nada. Eso era como buscar una aguja en un pajar. Había montado todo ese chiringuito para nada.

* * *

Llegué a casa con los dos expedientes que la pobre mujer me hizo el favor de imprimir. Habría quedado sospechoso haberlos dejado allí. Me dio por chafardear la ficha de nuestro querido Marcus Terb y lo que vi me dejó impactada.

Él estaba especializado en psiquiatría. Era de esperar que tuviera una larga lista de pacientes, por todos los años que estuvo trabajando allí. Pero lo que no me podría haber imaginado nunca era que hubiera estado tratando a Virginia Boîte, la madre de Elisabeth.

CAPÍTULO 22

Marcus había salido a hacer recados, como cada sábado por la mañana. Los fines de semana se tomaba el trabajo con más calma. Pero todos los sábados, a eso de las diez de la mañana, desaparecía por la puerta y no volvía a verlo hasta la hora de comer. Nunca quiso decirme a dónde iba exactamente. Solo me decía que tenía que hacer recados. Deduje que se trataba sobre su proyecto, las pastillas para adelgazar. No me hablaba de nada de eso nunca. Yo le insistía en saber cómo avanzaba, si funcionaban realmente, ya que en mi caso no había notado ningún cambio todavía. Pero siempre me daba largas.

Esa mañana me enfundé en el mejor traje de espía que tenía y me sumergí en las profundidades del sótano. Solo con abrir la puerta, el olor a humedad y moho me pegó una bofetada. Los cuatro tristes escalones de repente me parecieron una gran escalinata que me llevaba directa al infierno.

Pero una vez abajo me tranquilicé. El sudor frío que me había recorrido la espalda se volvió a meter entre los poros de mi piel y mi frecuencia cardíaca se acompasó con mi ritmo.

La luz era tenue, solo alumbraba la habitación una bombilla que caía del centro del techo. Como era una estancia a la que simplemente bajaba Marcus, no reparamos en decorarla. Eso explicaba por qué la bombilla no tenía una lámpara, sino que flotaba únicamente sujeta de unos cables que cubrían el conductor de la electricidad.

Un par de mesas de construcción, de madera tallada a mano, con unas patas, también artesanales, asimétricas unas de otras. Eso es lo que las hacía diferentes.

Papeles por todos lados. Encima de las mesas, por el suelo, en la repisa de la ventana... Hasta encima de la estufa de leña. ¡Menudo inconsciente! Podríamos salir ardiendo en cualquier momento si deja los papeles tan cerca del fuego cuando se encienda. Por suerte ya no hacía tiempo de estufa y mi casa no corría ningún peligro.

Estuve tentada de ordenárselo todo, apilar los papeles en un solo montón y ordenarle un poco su lugar de trabajo. Pero entonces le estaría gritando que había bajado a espiar qué es lo que estaba haciendo cinco días a la semana en este sótano, prácticamente todo el día.

Ojeé un par de ficheros. Dentro del caos parecía que había un poco de orden. Qué raro que dejara unas cosas tan bien y otras tan desastrosas. Había dos expedientes envueltos en una funda de plástico. El primero parecía el índice a un trabajo científico sobre un tipo de sustancia llamada *whisperer exspiravit*. El segundo contenía mis datos, enmarcados con mi nombre en letra bien grande a modo de título. En él aparecía mi edad, mi grupo sanguíneo y algunos resultados cardiovasculares que me revisaba Marcus cada noche. Además de un apartado de efectos secundarios. En este ponía palabras que yo no entendía. Deduzco que el sujeto al que se refería era yo, y las píldoras WhE eran las pastillas para adelgazar. No entendí mucho más. Ponía algo sobre visiones, sensación de inseguridad y paranoia. Pero no sabía muy bien a qué se refería con esto. Qué tendrían que ver estos efectos secundarios con pastillas para adelgazar. No entendí nada así que, para no perder más el tiempo en cosas sin sentido, que por mucho que leyera no me

enteraría, lo dejé tal cual lo había encontrado.

A Marcus no le faltaría mucho para llegar y además tenía la olla con la comida puesta a fuego lento en la cocina. Así que no podía entretenerme mucho más tiempo. Revisé el resto de los papeles y vi uno que me llamó la atención. Solo llegué a leer *Certificado de Matrimonio* cuando escuché la puerta de la verja de fuera que se cerraba. Subí las escaleras como si llevara un cohete en el culo y de pelos me fue que Marcus no me pillara subiendo del sótano.

El sábado siguiente volví a bajar a terminar lo que empecé la semana pasada pero no encontré ni rastro de ese documento que dejé a medias.

CAPÍTULO 23

Empiezo a delirar. Ya no solo veo cosas, que no sé si son reales o no. Sino que además escucho voces. Creo que únicamente están en mi cabeza. No puedo vivir así. No me dejan dormir, no me dejan leer, no me dejan ni pensar. Me da miedo contárselo a Marcus porque seguro que es la gota que colma el vaso. Puede que sea incluso él el que está haciendo todo este circo, para poder internarme en un manicomio y quedarse con mi fortuna. Tengo miedo de todo.



Marcus empezó a tratar a Virginia en el año setenta y dos. Y consta que estuvo tratándola hasta el setenta y ocho. En el expediente sobre Virginia sólo ponía que sufría de ataques de ansiedad al recordar la fuga de su hija. Le daban ataques agresivos y le había recetado unas pastillas para calmar la ansiedad y rebajar su nivel de agresividad.

Entonces, Marcus conoció antes a Virginia que a Elisabeth. ¿Él sabía eso? ¿Sabía que se había casado con la hija de una de sus antiguas pacientes?

Espera, espera. Según Alan, Marcus fue el que firmó la defunción de Virginia por síndrome de corazón roto. Y un año más tarde se casó con Elisabeth. Es imposible que no se hubiera dado cuenta del apellido. Era un apellido un poco peculiar para la zona. Tendría que saber que era la hija de su recién fallecida paciente.

De repente, me vino a la cabeza el certificado de matrimonio que encontré y que horas después, me robaron. Era del setenta y nueve. Y Elisabeth murió en el ochenta y uno. Era un poco raro que Marcus acabara de casarse y al año siguiente estuviera con otra mujer. Alan descubrió que la parte masculina de este acuerdo matrimonial era Marcus, pero no podía recordar las iniciales de la parte femenina. Podría llamarlo a él, pero era muy orgullosa y eso significaría pedirle ayuda, cuando ya se la había rechazado. Además, seguía sin fiarme de él.

Me volvió a venir a la mente el misterioso hijo que habían tenido Marcus y Elisabeth. Ese del que no había constancia ni de que hubiera nacido, pero que mi querida vecina y amiga, la señora Agatha, juraba haber visto.

CAPÍTULO 24

Marcus estaba muy raro. Estos últimos días apenas me ha hablado. Sé que está conspirando contra mí. Él y la voz de mi cabeza. A no ser que la voz de mi cabeza me esté advirtiéndome sobre él.

El otro día volvió a hablarme. Estaba dándome un baño y me sumergí en la bañera. Sólo fueron diez segundos. Los suficientes para olvidarme de todo y evadirme del ambiente. Sólo escuchaba el agua, que quería penetrar en mis tímpanos. Y de repente la volví a escuchar. Sé que era ella porque sonaba igual que la última vez. Pero en esta ocasión sonaba un poco más aguda. Me llamaba. Pronunciaba mi nombre con una delicadeza y una sensualidad seductora. “Elisabeth”, decía. Y casi al instante una silueta apareció delante de mí. Fuera del agua. Una silueta negra justo encima mío. No tenía rostro, pero sabía que me estaba mirando fijamente. Lo sentía.

Salí del agua para verla más clara y más de cerca. Pero para mi sorpresa no había nada. En el baño solo estaba yo y el agua de la bañera.



Entre los papeles que encontré en el fichero de Marcus aparecía un número de teléfono y una dirección. Lo primero que intenté fue llamar al número, pero como era de esperar no daba ninguna señal. Entonces decidí ir a la dirección que constataba como su hogar. Dudaba mucho que siguiera allí habiendo huido y borrado prácticamente todo su rastro y su vida entera.

La calle era a dos manzanas de la mía. Y como ya predije, en esa casa ya no vivía. Pero los nuevos inquilinos me dieron el correo que había en el buzón cuando ellos se instalaron. Entre facturas y cartas de publicidad había una postal de Barcelona. En ella había cuatro frases de amor y de buenos deseos. Por suerte, en el sobre en el que venía esa postal, estaba la dirección del destinatario y la del remitente.

No lo dudé ni un segundo. Me preparé la bolsa de viaje con un par de mudas. Me metí en el coche y me dirigí a esa dirección. Por fin iba a encontrar las respuestas que necesitaba.

Cuando llegué a la puerta de la casa de la postal, me abrió un chaval de no más de veinte años.

—Hola, estoy buscando a Marcus Terb. Me han dicho que vive aquí.

El chico me miró de arriba abajo con una cara de asco que si me hubiera despistado un poco me habría escupido. Giró la cabeza hacia el interior de la casa y chilló. Me asustó, debo admitirlo. Menos mal que no me estaba mirando en ese momento.

—¡Abuela!

Se volvió a dirigir hacia mí. Me dijo que ahora venía y se metió para dentro dejando la puerta

entornada.

A través de la maciza madera pude escuchar cómo se susurraban algo y al momento ésta se volvió a abrir.

—¿Qué quiere?

La mujer tenía casi la misma cara de asco que el muchacho, pero contaba con más arrugas que él en su rostro. Mal empezábamos.

—Estoy buscando al señor Marcus Terb. —volví a repetir.

—¿Para qué lo busca?

—Mi nombre es Julia, trabajo en el periódico...

—Lo que faltaba. —Interrumpió la mujer con intención de cerrar la puerta de nuevo—. Lo siento, pero no podemos ayudarla.

—Estoy viviendo en la antigua casa del señor Terb y necesito respuestas. —Conseguí poner el pie entre el marco y la puerta. Por un momento pensé que me lo rompería al cerrar, pero la mujer paró en seco.

—Mi hijo no mató a su mujer. Puede que haya hecho cosas malas en la vida, pero no es ningún asesino.

—Hay muchas cosas que no me cuadran. ¿Puedo pasar?

La mujer dudó. No acababa de fiarse, pero debió de ver algo en mí o en mi mirada, que le confirmaba que le decía la verdad. Yo no estaba allí para juzgar a nadie, ni para manchar su nombre. Simplemente quería averiguar qué es lo que sucedió.

Entré en aquella casa en la que se veía que no era de nueva construcción. Las paredes y los techos presentaban bastantes humedades. Era normal viviendo en una zona cerca de la playa. La mujer me dirigió hacia el salón y me ofreció sentarme en el sillón, éste lo cubría una funda roja con estampado de flores.

—¿Quiere un café o algo?

—Un café con leche está bien, gracias.

Desapareció por el marco de la puerta y no tardó en volver.

—Usted dirá. —Cruzó los brazos y esperó a que empezara a hablar.

—Sé que su hijo y Elisabeth Boîte vivieron en la antigua propiedad de los Boîte. Ella apareció muerta, más o menos, un año después de instalarse. El caso se clasificó como suicidio, aunque se sospechó de su hijo porque ella presentaba indicios de un forcejeo. Pero se rechazó esta hipótesis porque él no presentaba ni un solo arañazo.

Vi como la mujer fruncía el ceño y asentía con la cabeza. Entonces continué.

—Señora Terb, sinceramente no me creo que fuera un suicidio. Además, he averiguado que Marcus estuvo casado con otra mujer antes que con Elisabeth. ¿Usted sabía esto?

—Sí, una mujer indeseable. Le hizo la vida imposible a mi hijo. Él me lo contaba todo. Todo lo que ella le prometía. Todo lo que ella le obligaba a hacer. ¡Chantajeaba a su propio marido, por el amor de Dios! Yo le dije que tenía que alejarse de esa mujer cuanto antes, pero no quería dejar al niño en manos de esa bruja.

—¿Marcus tuvo un hijo con esa mujer antes que con Elisabeth?

—Mi hijo solo tuvo un niño, de hecho, es quien le ha abierto la puerta a usted. Y a pesar de ser de esa maldita mujer es un niño encantador, bueno, inteligente y muy, muy humilde.

Todo en mi cabeza empezó a cuadrarse. El niño que la señora Agatha vio, era el de Marcus,

pero no con Elisabeth, sino con esta mujer misteriosa.

—¿Podría decirme dónde o cuándo puedo encontrar a su hijo? Todavía hay algunas cosas que quiero saber y me gustaría preguntárselas a él directamente.

—Pues va a estar difícil querida, mi hijo murió hace unos años por culpa de un maldito cáncer. Lo único que me queda de él es mi nieto.

Me quedé sin saber qué decir. Volvía a estar en un callejón sin salida.

—Lo lamento mucho, señora Terb.

Me levanté dando por finalizada la velada. Me acompañó hasta la puerta y por el camino le hice la última pregunta.

—¿Recuerda usted el nombre de la madre de su nieto?

—Claro que sí, querida. No se me va a olvidar en la vida.

Abrió el primer cajón de la cómoda que había en el recibidor y sacó una fotografía. En ella aparecían dos personas. Una era Marcus Terb, había visto fotos tuyas por internet y sabía cómo era su aspecto. Y la otra era una persona que había estado viendo desde que me mudé. Una mujer que siempre lograba pasar desapercibida, pero con la que me había cruzado en alguna ocasión. En la foto se la veía muchísimo más joven, pero se notaba en las facciones de su cara y esa mirada tan intensa, que era la misma persona. Esa mujer era mi vecina de al lado.

—Virginia se llamaba. Virginia Boîte. La madre de Elisabeth. Por suerte murió hace muchos años.

Pero los muertos vivientes no existen. Así que, o Virginia Boîte tenía una hermana gemela, o fingió morir por alguna razón.

CAPÍTULO 25

—No, déjalo ya... Se acabó, ¿me escuchas?... ¿Pero no ves que todo esto es una locura?... No, no me llames más o iré a la policía y se lo explicaré todo. ¿Me oyes? ¡TODO!

Marcus colgó el teléfono de pared que teníamos en la cocina. Yo acababa de despertarme y me había escondido en el pasillo al escucharlo hablar con alguien. Había oído toda la conversación, pero me había quedado igual. Parecía alguien a quien no le tenía mucha estima. Y había conseguido ponerlo nervioso.

—Buenos días. —Avancé hasta la encimera para prepararme el desayuno—. ¿Con quién hablabas?

—Con nadie —contestó secamente.

—Alguien sí era porque te he escuchado. ¿Ocurre algo?

—No, Elisabeth no ocurre nada.

—Sabes que me lo puedes contar. Si tienes algún problema, da igual lo que sea...

—Solo es una mujer con la que me casé que me está haciendo la vida imposible, pero no te preocupes lo tengo todo bajo control.

Me dejó un poco asombrada. No era ningún secreto que había estado casado antes que conmigo, pero no sabía que aún mantenían contacto. Y mucho menos que estuviera extorsionándolo.

CAPÍTULO 26

Hoy he pillado a Marcus casi abriendo el baúl donde guardo todas estas cartas que te escribo. Creo que ha descubierto que lo sé. Sabe que lo he pillado y que estoy escribiendo mis descubrimientos aquí. No sé si cambiar de lugar las cartas. O dejar de escribirlas. De todos modos, si ves que he dejado de escribir ya sabrás por qué.

Le he mentado. Le he dicho que escribo un diario y que, como todos los diarios, es íntimo y personal. Y le he advertido que como se le ocurra volver a intentar mirar en mi baúl, iré a la policía a confesar todo lo que sé.

Se ha quedado boquiabierto cuando se lo he dicho. Ahora ya sabe que conmigo no puede jugar. Que sé sus planes.



El viajecito a Barcelona me sirvió para mucho. Descubrí que Marcus está muerto y que Virginia era su mujer, que por cierto fingió su muerte y ahora vive justo a mi lado.

Todo me encajaba. Las iniciales del certificado eran las mismas que había visto en la ropa de la lavandería y por eso se puso tan nerviosa y salió corriendo cuando se lo cogí.

Además, habían tenido un hijo en común. El hijo era de Virginia y no de Elisabeth. Supongo que Elisabeth no supo nada de eso. O puede que sí y tal vez eso le costara la vida.

De golpe reparé en que había desconfiado de Alan porque creía que podría haber tenido algo que ver con el asunto. Por mi mente se me habían pasado mil teorías. Que Alan podría ser el niño perdido, que podría estar encubriendo a su padre y quitándome las pistas para que no siguiera indagando. Si incluso intentó convencerme de que dejara la investigación...

Descolgué el teléfono fijo de mi cocina y marqué su número.

—Virginia Boite es la mujer que estuvo casada con Marcus.

Ni hola, ni lo siento, ni nada. Directa al grano.

—¿La madre de Elisabeth? —dijo casi susurrando.

—Efectivamente. ¿Te pilló en buen momento?

Se hizo el silencio.

—¿Ya vuelves a confiar en mí?

Sentí que me clavaban mil cuchillos en el pecho. Todos a la vez. Sabía que podría soltarme alguna así, pero no estaba preparada para recibirla.

—Lo siento ¿vale?, ahora sé que quien trataba de ocultarme pruebas era Virginia y no tú.

Volvió a hacerse el silencio. Pero fue interrumpido por un suspiro. Sé que me acababa de perdonar y para mí fue todo un alivio.

—Te invito esta noche a cenar en casa, no se me ocurre otra manera de pedirte disculpas. Puedes venir a eso de las nueve, si te va bien.

Escuché como se abría la puerta de mi vecina y de manera sigilosa me acerqué a la ventana que daba al patio de al lado. Los músculos se me paralizaron, la voz se me quebró y el sudor se me congeló en la frente. Alan estaba saliendo de allí. Todo mi mundo se volvió a venir abajo. Ahora sí que no entendía nada. ¿Alan estaba ayudando a Virginia?

—A las nueve estoy allí.

CAPÍTULO 27

Hace un par de días que no escribo. La razón es porque casi me mato.

Era lunes por la tarde. Faltaba muy poco para la hora de la cena. Salí al balcón a tomar un poco el aire, antes de ponerme a hacer la cena. Mi balcón es bastante más grande de lo que suelen ser los balcones, pero más pequeño como para llegar a ser una terraza. Lo rodea una barandilla de metal, de un color rojizo, oxidado por la lluvia.

Las vistas desde ahí son al jardín trasero y al abandonado huerto de mi madre. Me asomé para verlo. Abajo, entre los arbustos, vi de nuevo la sombra que se me aparece de vez en cuando.

No sé cómo, pero perdí el equilibrio y segundos más tarde el conocimiento. Desperté en mi cama, con una venda que me cubría prácticamente todo el brazo derecho. No lo tenía roto, pero sí dolorido. Según Marcus, me había caído por el balcón. Menos mal que no hay mucha altura. Pero lo cierto es, que estoy segura de que alguien me empujó. Y no pudo ser nadie más que mi marido.



La noche empezó muy tensa. Alan apareció puntual, como siempre. Todavía estaba viéndolo salir de casa de Virginia, una y otra vez en mi cabeza, como si fuera una película que he decidido ver en bucle.

—Alan dime una cosa. ¿Por qué susurrabas cuando te he llamado antes?

—Porque estaba investigando una cosa. Ya sabes, infiltrado.

—¿Qué cosa?

Inclinó la cabeza hacia su derecha y me miró desconcertado.

—¿Qué coño me estás preguntando exactamente?

—Puede que estuvieras infiltrado en una supermisión de superagente de policía, o puede que estuvieras en casa de mi vecina contándole que ya la he descubierto.

Abrió tanto los ojos que vi cómo le llegaban las pestañas hasta las cejas. Parecía la viva imagen del cuadro del grito de Munch.

No pudo pronunciar palabra. Lo había pillado con las manos en la masa y ni sabía cómo defenderse.

—Te he visto cuando salías.

—¿Vuelves a desconfiar de mí?

Su tono era entre sarcástico y jocoso. No sé qué era lo que le estaba haciendo tanta gracia.

—La verdad es que no sé ni para qué hago nada. No debería darte ninguna explicación ya que

no has dejado de desconfiar de mí y marcarme con una cruz en el tablero de juego. Pero creo que mereces saberlo.

No comprendí muy bien lo que me quería decir, pero dejé que continuara.

—Me has visto salir de esa casa —señaló hacia la pared del lado dónde quedaba la casa— porque me he colado en ella para buscar una cosa. Sé que no me vas a creer, pero bueno. A pesar de que me rechazaras y me apartaras de este misterio, yo seguí buscando cosas por mi cuenta. Pensé que lo suyo sería empezar desde el principio. Desde que los señores Boîte se instalaron por primera vez en la casa. Hablo de Robert y Virginia. Descubrí que Virginia había estado internada en la clínica psiquiátrica por intentar suicidarse cuando su hija Elisabeth se escapó de casa. Allí conoció al señor Marcus Terb, que fue su doctor hasta finales de los años setenta.

—Eso ya lo sabía. Y también que el niño que la señora Agatha vio es de Virginia y Marcus, no de Elisabeth.

No aguantaba ni un minuto más escuchando a Alan, haciéndose el listillo y restregándose todo lo que había averiguado sin mi ayuda.

—Claro, por eso no encontré ningún niño. Porque Elisabeth no lo tuvo.

Se frotó la barbilla pensándolo. Y continuó.

—También he investigado el accidente de tráfico que tuvieron. He encontrado algo que no me cuadra. Supuestamente Robert y Virginia iban en el coche cuando se chocaron con otro conductor borracho. He leído el informe y el otro conductor no murió por el accidente. Ya estaba muerto cuando lo metieron en el coche. El veredicto del forense fue muerte por asfixia. Lo clasificaron porque era muy evidente que el accidente había ocurrido y había sido grave. En el lugar de los hechos había bastante humo así que puede que sí que muriera por el humo que inhaló, una vez chocado con el vehículo de los Boîte. Pero busqué a la familia de este hombre, Tomás Sanz, ¿y a que no adivinas qué?

Vio que no pensaba jugar a las adivinanzas y se le borró esa sonrisa engreída de su rostro.

—Hablé con Yaiza, su mujer, y me dijo que había desaparecido una semana antes de que ocurriera el accidente. Y ¿sabes lo más curioso?, que también era paciente de Marcus Terb.

—No entiendo hasta dónde quieres llegar, Alan.

—Solo quiero decir, que creo que al señor Tomás lo metieron en ese coche después de matarlo. A la vez que se provocaba otro asesinato.

—Vale, entonces si según tú, a ese tal Tomás lo metieron después del accidente, ¿quién conducía su coche cuando se chocaron?

—Ahí está la incógnita. Y por eso entraba en casa de Virginia, sin saber que era Virginia, claro.

—¿Entonces por qué estabas entrando ahí si no sabías que era ella?

—Porque revisé las cámaras de seguridad de la clínica donde trabajaba Marcus. Y ella fue la última persona que habló con Tomás antes de desaparecer. La reconocí al momento.

CAPÍTULO 28

Ya hacía un par de semanas que había dejado de tomarme las pastillas de Marcus. Aunque él no lo sabía, claro. Las tenía escondidas en un joyero. Cada día introducía una. Pero aun así seguía viendo cosas raras. Además, había empezado a tener unos sueños rarísimos. En uno de ellos me vi a mí muerta. Pero como si la que mirase mi cuerpo no fuera yo, sino otra persona. Era otra persona viéndome a mí estirada en la cama, repleta de tierra y de heridas por toda la superficie de la piel. Y de esas heridas emergían gusanos. De esos que aparecen cuando ya ha llegado la hora de decirle adiós a tu cuerpo. Cuando no queda nada dentro de ti. Y solo puedes ser comida para esos pequeños y asquerosos invertebrados.

Me levanté entre asustada y confusa. No estaba todo lo asustada que una persona con la misma pesadilla tendría. Me desperté con la idea de que acababa de tener una premonición. Como si supiera que mi cuerpo o mi mente no podía dar más de sí. Entonces advertí que ese mal sueño solo podía ser una señal. No sabría muy bien cómo interpretarla, pero me puso el vello de punta solo de plantearme lo que mi cabeza me hacía pensar.

Miré el reloj y aún era de madrugada. No eran ni las cinco de la mañana. Marcus todavía seguiría en la cama, mínimo una hora más, así que no quería despertarlo. Bajé a la cocina a por un vaso de leche caliente, a ver si me ayudaba a conciliar de nuevo el sueño.

La ventana de mi cocina daba justo a la ventana de la cocina de la casa de al lado. Mientras me bebía el vaso de leche advertí que la luz de la cocina de la vecina estaba encendida. Nunca había visto a nadie vivir en esa casa desde que me volví a instalar aquí. Sé que antes vivía una pareja de unos cincuenta y tantos años, pero desde mi vuelta no los había visto. Así que pensé que se habrían mudado y que no vivía nadie ahora.

A través de la cortina que había en la ventana, podía ver una sombra que se movía de un lado para el otro, pero no llegaba a ver del todo la forma de esa figura. De repente no vi nada. Ni sombras, ni figuras. Pero la luz seguía encendida. Fijé los ojos en esa ventana, intentando percibir cualquier tipo de movimiento en ella y de golpe la vi. Se plantó de frente. Mirando fijamente hacia mi ventana, como si supiera que estaba mirándola. No podía creer lo que estaba viendo de nuevo. Un rostro escalofriante. Una cara de lo más familiar pero prácticamente imposible. Por un momento mi cuerpo se paralizó. El vaso se me cayó al suelo haciendo un horroroso estruendo de cristales. Por un momento se me cortó la respiración y mi corazón dejó de latir. No llegaba información a mi cerebro y noté que no podía respirar. Lo siguiente que recuerdo, antes de despertar en mi cama, fue que me caí al suelo.

CAPÍTULO 29

He dejado de tomarme las pastillas de Marcus. Sí. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Es obvio que las pastillas me están haciendo algo. Marcus quiere acabar conmigo. Ayer lo vi muy claro.

Acababa de limpiar la cocina. De fondo se escuchaba cómo caía la lluvia. El tintineo de las gotas de agua chocando contra los cubos que había en el jardín. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas por eso. No quería estar limpiando el agua del suelo todo el rato.

Cuando salí de la cocina, dirección a mi habitación, vi unas huellas de barro. Éstas iban desde la puerta de entrada hasta el sótano. Me extrañé un poco porque creí que Marcus se había tirado toda la mañana allí abajo, en el sótano. Ni siquiera había subido a comer. No lo había visto desde que se despertó esta mañana. Y mucho menos lo había visto salir de casa.

Abrí la puerta, dejando a la vista las escaleras que bajaban directamente al sótano. Y sigilosamente bajé. Intentando que las maderas no delatasen mi posición. Y lo vi. No estaba sólo. Había una sombra. No podía ver si era un hombre o una mujer porque su cuerpo estaba situado justo detrás de una de las columnas de carga. Desde mi perspectiva no podía ver más que la sombra que dejaba, por la lámpara que había encendida detrás de ésta. Hablaban muy bajito, pero pude entender la palabra “pastillas”, “dolor”, “se acabó”.

No me bastó nada más para entender que las pastillas que creaba Marcus y que me estaba dando a mí, me iban a hacer daño. Y no iba a permitirselo.



En la grabación que me enseñó Alan aparecía Virginia hablando con el señor Tomás, en el parking de la clínica de Marcus. Estuvieron varios minutos manteniendo una conversación de lo más normal. No hubo malas caras ni indicios de que estuvieran incómodos. De repente ella rodea el coche y se mete en el asiento del copiloto a la vez que el señor Sanz en el del conductor. El coche desaparece por la puerta. Y esa es la última vez que se le ve el pelo a Tomás. Todo me parece muy normal y muy raro a la vez.

Alan, que se había quedado callado todo el tiempo que tardaba yo en ver la grabación y en asimilarlo, de golpe habló.

—¿Y si todo es una trampa?

—¿Cómo?

Ahora sí que estaba completamente perdida. Habíamos avanzado mucho en todo el asunto y teníamos mucha información. Pero era como ordenar un puzle sin tener la plantilla inicial para poder seguir el ejemplo. Un caos desordenado del que estábamos intentando encajar las piezas a presión.

—¿Y si fue Marcus quién le dijo a Virginia que lo secuestrara? Piensa que Marcus era su terapeuta y tenía mucha influencia sobre ella. Además, él es el único que podría haberle dado información sobre Tomás. La hora a la que estaría en consulta y a la que saldría. A ella solo le bastaba con esperar a que apareciera en el parking. Además, es el único que pudo matar a Elisabeth. Raptó al hijo que tenía con Virginia y huyó. Todo indica a que es el culpable de muchas cosas.

—No sé qué pensar... He estado hablando con su madre y no me ha parecido que Marcus fuera mala persona. Si hizo algo malo puede que fuese por algún motivo de peso.

Lo que decía Alan podría ser cierto. Era lo más lógico hasta ahora. Aunque seguía habiendo cosas incongruentes. Como por ejemplo, ¿por qué Marcus redactó un documento de defunción sobre Virginia, si ella no había muerto? ¿Dónde y porqué estuvo Tomás una semana secuestrado, y por qué luego lo metieron en el coche que chocó contra los Boîte? ¿Por qué Marcus se casó con Elisabeth después de casarse con su madre? Si Virginia seguía viva y además vivía aquí al lado, no me cabe en la cabeza que se casara con su hija después. A no ser que éste tuviera un motivo para hacerlo o formase parte de un plan.

De repente Alan cerró la tapa del ordenador portátil y me puso la mano en la cabeza, presionando hacia el suelo para que me agachara, y con la otra mano me indicó que me callara, colocando su dedo índice en posición vertical delante de su boca.

Apareció un guardia de seguridad con una linterna. Enfocó a Alan que seguía tranquilamente sentado en la silla de su escritorio y al verlo se asustó. Como acto reflejo se llevó la mano que tenía libre a la porra que le colgaba del pantalón.

—Tranquilo Benito, que soy yo.

—Qué susto me ha dado agente Calvo.

Se me escapó una risita al escuchar su apellido. Es un apellido de lo más normal, pero me hizo gracia. No me esperaba que un Dios griego, con un nombre tan armónico como Alan, tuviera un apellido tan... tan... no sé cuál es la palabra adecuada. Por un momento pensé que no había mejor apellido que este, porque no tenía ni un pelo de tonto.

Me pegó una patada por debajo de la mesa por haberme reído. El guardia parece que ni se enteró.

—¿Qué hace aquí tan tarde?, pensaba que ya no quedaba nadie en comisaría.

—Me he quedado un rato de más para terminar un caso y he perdido la noción del tiempo. Me quedo un par de minutos más y me voy, te lo prometo.

El guardia se dio por satisfecho y continuó con su ronda en la planta superior. Nosotros aprovechamos para escapar sin ser vistos.

CAPÍTULO 30

Sigo escuchando cosas. Ruidos, crujidos, susurros. Objetos que aparecen en otro sitio. Me sigo sintiendo observada todo el tiempo. Pero no he vuelto a escuchar la voz. Ya no me dice nada. Puede que todo fuera cosa de mi cabeza. De las pastillas. Menos mal que me di cuenta a tiempo.

Marcus quiso darme otro tipo de pastillas. Me dijo que eran un poco más fuertes. Para que adelgazara más rápido, ya que las otras eran demasiado lentas y no le salía a cuenta. Las primeras eran blancas y las nuevas eran azules.

Me hice la tonta y asentí, como siempre. Hacía semanas que mi marido no se aseguraba de que me las tomase. Pero desde que me dio las azules, se quedaba enfrente de mí, esperando a que lo hiciera. Yo me la metía debajo de la lengua y bebía un trago de agua, sin que la pastilla llegase a moverse de debajo de la lengua. Él sonreía satisfecho. Yo subía a mi cuarto a esconderla junto a las demás.

Si las pastillas blancas ya me estaban volviendo loca, no iba a permitir que las azules me remataran.



Me sentía estúpida. Había desconfiado de Alan tontamente. Ahora me pongo a pensarlo y no comprendo el por qué. Nunca me ha dado motivos para crear en mí esa desconfianza. Desde el primer momento me ha ayudado a buscar todo tipo de información. Incluso se ha jugado su puesto de trabajo para obtener ciertos documentos y archivos clasificados de un caso de hace casi veinte años.

Puede que lo que me hizo desconfiar de él fuera esa misma insistencia en participar en la investigación. Siempre estaba en el lugar adecuado en el momento exacto. Puede que no fuera desconfianza, sino celos. ¿Estaba celosa de Alan? Puede que mi competitividad y mi negación de perder ante alguien me nublara la vista. Puede que pensar que Alan encontrase más información que yo, y más rápido, me pusiera de los nervios.

Pero tenía que admitir que había sido todo un apoyo para mí. Básicamente había sido él quien encontró la mayoría de pistas. Me quedo pensando un segundo en lo que acaba de pasar por mi mente, pero niego rápidamente con la cabeza. No. Alan había conseguido mucha información, eso es verdad. Pero él lo tenía muchísimo más fácil que yo. A él solo le basta con enseñar una placa para interrogar a quien quiera. O poner un código de acceso en el ordenador de comisaría, para sacar todos los trapos sucios de todo el mundo. Para mí, tenía más mérito mi trabajo. Yo no tenía tantas facilidades. Yo tenía que buscar en internet, en correo ordinario, colarme en hospitales

fingiendo estar haciendo un estudio para el periódico, y moverme con el coche de arriba para abajo.

Pero no servía de nada competir por quién hacía más que quién. Estábamos los dos en el mismo bando. Me había demostrado que ahora sí que podía confiar en él y eso es lo que estaba haciendo.

Sentía que estábamos tan cerca del final que me ponía nerviosa. Presentía que ya nos quedaba muy poco por descubrir, aunque no habíamos sacado nada en claro aún.

Todavía había una pregunta que rondaba por mi mente. Bueno, en realidad había cientos de preguntas, pero había una que resaltaba entre las demás.

¿Por qué Virginia había fingido su muerte?

La tenía literalmente a doscientos metros de distancia. Podría levantarme de la cama y preguntarle. De hecho, ¿por qué no hacerlo?

Me levanté decidida y me puse unos tejanos ajustados y una blusa básica blanca con las mangas abombadas. Mis bambas de plataforma blancas y un poco de colonia. Metí las llaves y el móvil dentro del bolso y salí de casa dando un portazo.

No había marcha atrás. Estaba a punto de abrir la verja de fuera cuando alguien me estiró del brazo.

—¿Qué pretendes?

Me asusté por el estirón, pero mis músculos se relajaron cuando vi a Alan.

—Voy a entrar a hablar con Virginia.

—¿!QUÉ! ¿Te has vuelto loca?

—No. Es la única manera de saber lo que pasó.

—Ya claro—, dijo en tono sarcástico y puso los ojos en blanco— y si tuvo algo que ver con el accidente, con el señor Sanz o con su hija te lo va a decir, ¿verdad?

La verdad es que sonaba tonto. Era la principal sospechosa, aparte de Marcus. Era de idiotas contarle a unos extraños lo que pasó, sabiendo que puede tener repercusión en ella.

Alan interpretó mi silencio como una derrota.

—Sube al coche que te invito a desayunar.

CAPÍTULO 31

Desperté con un dolor de cabeza horrible. Notaba mi cuerpo débil. Intenté levantarme de la cama, pero mi cuerpo era como gelatina. Probablemente si conseguía salir de la cama caería directa al suelo. Llevaba una toalla de manos mojada casi incrustada en la frente.

Entró Marcus por la puerta de la habitación y se sentó en el filo del colchón.

—¿Cómo te encuentras? Te encontré esta mañana inconsciente en la cocina.

Justo en ese momento recordé lo que vi y me estremecí entre las sábanas.

—Me pareció... Bueno no, vi. Vi a alguien en la casa de al lado. Pero es imposible que fuese ella.

Marcus arrugó la frente y puso cara de no entender nada.

—Me pareció ver a mi madre. Pero es imposible. Está... está muerta. No entiendo qué me está pasando Marcus. Veo cosas que ya no sé si sólo están en mi cabeza. Al principio pensé que serían tus pastillas, que de alguna manera me estaban haciendo algún efecto secundario. Pero dejé de tomarlas y aun sigo viendo cosas que no pueden ser ciertas.

No había pensado lo que acababa de decir y se me escapó lo de las pastillas.

—¿Cómo? ¿No estás tomando las pastillas?

Puso cara de preocupación. Y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación. Estirándose de los pelos hacia arriba como si quisiera arrancárselos de una sola sentada.

—Creía que eran las pastillas las que me hacían tener visiones y escuchar voces. Por eso dejé de tomarlas. Lo siento. Pero cálmate que no es para tanto.

—Claro que es para tanto Elisabeth. —Abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin decir nada, un par de veces—. Me lo tendrías que haber consultado.

—¿Por qué?

No obtuve más respuesta que el silencio de mi marido.

CAPÍTULO 32

El otro día vi una cosa en la ventana. No en la mía. Sino en la de al lado. La vecina de la casa de al lado. Nunca la había visto directamente. No sale al jardín, ni a recoger las cartas del buzón. Además, le llevan la compra a casa. Nunca sale así que nunca la he visto. Pero de vez en cuando se pasea por delante de las ventanas. De manera rápida y sin dejarme ver mucho. Pero siempre ha habido algo en su silueta que me ha resultado familiar.



—Yo también creo que deberíamos interrogarla, pero hay que hacerlo bien. Prepararse la jugada, ¿entiendes? Podemos ir como dos policías. Sólo para tantear el terreno.

—¡Claro! Para ti es muy fácil. Enseñas la placa y todo el mundo te dice lo que quieres saber. Pero te recuerdo que yo no tengo ninguna de esas.

—Pero siempre te puedes hacer pasar por mi compañera. Con que uno de los dos enseñe que es policía de verdad ya basta.

No estaba del todo convencida de que el plan saliera bien. Hemos estado pensando en qué preguntas hacerle para que nos confiese todo lo que sabe, y quedado en que mañana por la mañana iríamos a interrogarla.

* * *

Estaba esperando a que uno de los empleados de comida a domicilio, de mi restaurante italiano favorito, me trajera mi pedido, cuando reparé en que aún me quedaba alguna de las cartas de Elisabeth por leer. Dos concretamente. Pero una de ellas me llamó bastante la atención. Parecía ligeramente diferente, pero en ella estaba el último número. Así que puede que no fuera adecuado leerla antes que la otra.

Me lo pensé mucho, pero me daba muchísima curiosidad. Así que hice caso omiso de la numeración y lo abrí. Para mi sorpresa la letra era distinta, por lo que deduje que esa carta no la había escrito Elisabeth. Comencé a leer y a medida que avanzaba, mi boca se abría cada vez más de la sorpresa.

Destinado a quien sepa qué hacer:

Mi nombre es Marcus Terb. Me dedico a la psiquiatría clínica y a los experimentos de fármacos. Pero que no te engañe todo esto. No soy una buena persona. Puedo parecerlo, pero no lo soy. Antes sí lo era. Hasta que me enamoré. Dicen que cuando te enamoras harías cualquier cosa por esa persona, y en mi caso fue literalmente así. Por culpa de la persona de la

que me enamoré he matado a mucha gente. No con mis propias manos. Pero sí por culpa mía.

El primer error que cometí fue liarme con una paciente. Sí, además era paciente mía. Virginia Boîte se llamaba. Bueno, se llama. Al principio todo fue normal. Ella era una mujer casada y yo era tan joven que no quería comprometerme con nadie. Así que era un punto a favor para los dos. Solo nos veíamos algunas veces a la semana. Cuando ella venía a mi consulta.

Con el tiempo empecé a notarla extraña. Más distante. Más fría. Con la cabeza en otras cosas y la mirada más siniestra.

Un día, de buenas a primeras me dijo que estaba embarazada. Mi primera reacción fue de rechazo hacia ese niño. Como he mencionado, yo era demasiado joven, tenía muchas cosas por hacer y por descubrir antes de meterme en una relación y mucho menos tener a una criatura. No podría hacerme cargo. Además, estaba el valor añadido de que Virginia tenía marido.

Le comenté todo esto a ella y me dijo que no me preocupara. Que tenía un plan. Me preguntó si de verdad yo la quería. Y joder, claro que la quería. Me había enamorado de ella hasta las trancas. Y ese fue mi segundo error. Empezó a maniobrar un plan en el que salían perdiendo varias personas.

Me comentó que no podía divorciarse porque, además de estar mal visto el divorcio en nuestra época, no tendría nada. La casa era de su marido y el que manejaba el dinero era él. Así que lo primero que hizo fue deshacerse de Robert.

Me pidió información sobre otro de mis pacientes. Tomás Sanz. Siempre tenía consulta después de ella y por eso lo tenía ya visto. Yo le dije todo lo que ella quiso saber sobre él porque todavía no tenía ni idea de lo que pretendía hacer. Sino no la habría ayudado.

Un día me llamó suplicándome ayuda. Cuando llegué a la dirección que me había dicho, el pánico me recorrió las venas. No podía creer lo que veían mis ojos. Tomás Sanz estaba inconsciente en su coche. Virginia me dijo que había tenido que hacerlo para que todo esto fuera creíble y me pidió ayuda para colocarlo en el sillón del copiloto.

Me sugirió que debería ser yo el que llevara el coche, pero me negué a participar en esa atrocidad. Me desentendí de cualquier plan que tuviera en mente, pero me amenazó con confesar que yo era el cabeza del plan. Así que seguí sus instrucciones. Esperé en la carretera que me dijo y a los pocos minutos, después de la hora acordada, apareció el coche de los Boîte con Robert y Virginia dentro.

Si hubiera esperado un rato más me habría colocado, sólo con el pestazo a alcohol que echaba el cadáver del señor Sanz.

Justo cuando el coche de Robert estaba a menos de doscientos metros pisé el acelerador. Y le recé a Dios que me salvara de lo que estaba a punto de hacer.

Hubo un par de minutos en los que no podía ver nada y sólo escuchaba un pitido. Sentía que me iba a explotar la cabeza en cualquier momento. Cuando por fin conseguí ubicarme, fui directo a ver si Virginia estaba bien. El golpe había sido más fuerte de lo que me había imaginado, pero por suerte no había resultado herida. Entre los dos, rápidamente, cambiamos

el cuerpo de Tomás al asiento del conductor para simular que era él quien conducía. Yo me volví al lugar donde había estado esperando hacía un momento. Allí estaba mi pequeña motocicleta, marca scooter, de cuando iba al instituto y me volví para casa, dejando a Virginia allí llamando a la policía para informar del accidente.

Sonó el timbre de casa, anunciando la llegada de mi comida a domicilio. Y tuve que dejar la carta a medias.

CAPÍTULO 33

Empecé a salir con Elisabeth porque era parte del plan. Pero acabé enamorándome de verdad de esa pequeña y dulce mujer. No podía creer que esa hermosa y frágil chica fuese realmente fruto de Virginia. Eran como el agua y el aceite. El día y la noche. El yin y el yang. Desde un principio supe que esto acabaría mal. No había otra opción, solo podría acabar mal porque todo lo que tenía que ver con Virginia era sufrimiento y dolor. Todo el que se le acercaba acababa muerto. Y tarde o temprano sé que eso le pasaría a Elisabeth. Incluso a mí mismo. El plan era que yo me casara con Elisabeth para la herencia, pero Virginia no se fijó en una cláusula que añadió su marido, así que no cambió nada el hecho de casarme con ella. Además, su intención era que yo le diera a Elisabeth unas pastillas, que había estado experimentando en mi laboratorio. Éstas te hacían ver cosas raras. Te creaban paranoias y la sensación de estar observado todo el tiempo. Por decirlo de alguna manera, las pastillas que le estaba dando a Elisabeth le provocaba los mismos síntomas que experimenta alguien con esquizofrenia paranoide. Con el tiempo me arrepentí. Veía a Elisabeth muy asustada y muy perdida consigo misma. Era tan buena persona que no quería que llegase al punto de perderse a sí misma. Así que a los pocos meses le cambié las pastillas por unos antipsicóticos. Pero el día de su muerte me enteré que había dejado de tomarlas sin mi consentimiento. Y como consecuencia había seguido viendo cosas, y sufriendo. El día en que ella murió, bueno, mejor dicho, en que Virginia la mató, yo no pude hacer nada. Cuando llegué ya se encontraba sin pulso. Sólo pude desatarla de la cama y abrazar su cuerpo inerte antes de despedirme de ella.

Llamé a la policía y a emergencias, fingiendo volver de trabajar y encontrarme a mi mujer muerta. Fue la actuación más difícil.

La policía me ha hecho muchas preguntas. Incluso han insinuado que la maté yo. Virginia ha sido demasiado lista. Ha dejado todas las pruebas enfocándose a mí. Pero no pienso vivir encerrado el resto de mi vida. Pienso ir a buscar a mi hijo y huir lejos. Muy lejos. A donde esa maldita mujer no pueda encontrarnos nunca. Así que esta es una confesión de todos mis errores. Y mi despedida.

Espero que Elisabeth me sepa perdonar desde el más allá. Lo siento mucho.

Att: Marcus Terb



Mi cara de sorpresa al terminar de leer la carta de Marcus debe de ser todo un poema. Sabía

que Elisabeth no se había suicidado y que toda esta historia era más complicada de lo que parecía. Pero no esperaba que tanto. No pude aguantar hasta mañana para contarle la nueva información a Alan, así que le hice una foto a la carta y se la mandé por el teléfono móvil.

No recibí ninguna respuesta, pero sé que había visto el mensaje porque me aparecían los dos ticks azules, que me indicaban que se había leído el mensaje.

Cuando estaba a punto de meterme en la cama para dormir, me sonó un mensaje.

A las diez estoy en tu casa.

Le mandé un emoticono con el pulgar hacia arriba indicándole que me parecía bien. Mi casa sería el lugar de encuentro y después interrogaríamos a Virginia y la obligaríamos a confesar.

CAPÍTULO 34

Marcus cada vez me daba más miedo. Me ponía de los nervios caminando por toda la estancia y hablando en voz baja. Como si hablara solo. Nunca lo había visto hacer nada parecido. Parecía estar loco.

—No sabes lo que acabas de hacer. Yo sólo te quería ayudar. No fue culpa mía. Bueno al principio sí, pero me enamoré de ti Elisabeth, me enamoré.

—¿De qué me estás hablando Marcus? No entiendo ni una sola palabra.

—Ahora voy a tener que contárselo. Y a saber qué te hace.

—¿Contar el qué? ¿Quién me va a hacer algo?

Pero por mucho que le preguntara parecía estar sumergido en su debate interno y no conseguía descubrir nada. Me intenté levantar de la cama, pero no me dejó. Me empujó de nuevo al colchón. Sacó un frasco y una jeringuilla del primer cajón de su mesita de noche y me inyectó ese líquido trasparente en el brazo. Y volví a sumergirme en un profundo sueño.

* * *

Al despertar estaba atada con cuerdas. Las muñecas al cabecero de la cama y las piernas, una a cada pata de madera de la cama. Forcejeé un poco para comprobar si había alguna lo suficientemente floja como para desatarla, pero no. Estaban tan fuertes que casi me cortaban la circulación.

De fondo escuchaba a Marcus hablar con una mujer. Las voces las oía muy lejanas. Casi distorsionadas. No sé si porque seguía un poco aturdida de lo que deduzco que fue anestesia, o porque estaban apartados de la habitación.

Marcus más que hablar parecía que lloriqueaba. En la vida había escuchado a mi marido tan desesperado.

Intenté con todas mis fuerzas hacer algo. Moví mi cuerpo para ver si pasaba algo y el sonido de los muelles del colchón viejo los alertó.

De repente vi cómo se acercaban dos sombras por el pasillo. Y la primera persona que apareció por el umbral de la puerta me dejó estupefacta. Atónita. Inmovilizada.

—¿Mamá?

Mis ojos, o mi cabeza, no me habían traicionado cuando miré por la ventana a la casa de al lado. En ese momento vi a mi difunta madre y me desmayé. Ahora que volvía a tenerla delante, estaba haciendo el mayor de los esfuerzos para no volver a perder el conocimiento.

Se quedó plantada en el centro de la habitación. Mirándome con una sonrisa inquietante. Como la de un payaso cuando vas al circo. La triste pintura de su cara es lo más divertida del mundo, pero a ti te da miedo. Pues su sonrisa era igual. Aparentemente normal, pero al mirarla te

transmitía el mayor de los miedos.

—Hola, hija.

—¿Qué está pasando, mamá? No entiendo nada.

Tuve que aguantar las lágrimas que se estaban agrupando en mis ojos, esperando el pistoletazo para tirarse a la piscina que es mi mejilla.

—Marcus, ve con tu hijo.

—¿Su hijo?

Mi marido obedeció sin rechistar. Cubierto de lágrimas y aspirando los mocos, me gesticuló un «lo siento» mudo. Y desapareció de mi vista.

—Ay, hija, hija.

Empezó a acercarse vacilando a paso lento.

—¿No te has enterado de nada, ¿verdad?

—¿Enterarme de qué mamá? Desátame por favor.

—No cariño, no puedo hacer eso, porque huirás y se lo contarás a alguien. Y entonces voy a tener que explicar muchas cosas y a meterme en muchos problemas.

—¿De qué estás hablando?

—A ver cariño. ¿Por dónde empiezo?

Miró hacia el techo, fingiendo pensar cuál fue el principio de toda esta larga historia.

—La verdad es que tu marido no es quien tú crees. Es más, podría decirse que tu marido sólo es tu marido porque yo se lo pedí.

—¿Pero qué...?

Levantó la mano en protesta. No le gustaba que le interrumpieran cuando estaba hablando. Es una manía que ha tenido desde siempre.

—Antes de ser tu marido fue el mío.

Abrí tanto los ojos que pensé que en cualquier momento se me saldrían de las órbitas.

—Y eso no es lo mejor. ¿Estás preparada para la noticia? —Hizo silencio dos segundos y lanzó la siguiente granada—. Tienes un hermanito.

¿Cómo? ¿Mi madre ha tenido un hijo con mi marido? La situación y todo lo que me estaba contando, me parecía surrealista. Como una broma de televisión. Puede que en cualquier momento se apagaran los focos y dejasen de grabar esta malísima broma de mal gusto.

—Ah, espera. Y el accidente en el que murió tu padre también fue a propósito. Pobre Elisabeth. Los dos hombres a los que más ha amado en la vida, los ha perdido.

—¿Qué estás diciendo mamá?

—Deja ya de repetir que qué coño estoy diciendo, hostia. Lo que oyes.

Cogió aire profundamente, se relajó de nuevo y continuó.

—¿No podías dejar de ser tan buena, verdad? La pobrecita Elisabeth. La niña que nunca había roto un maldito plato. Carita de ángel, pero carácter de demonio. Pensé que cuando te largaste ya habría acabado mi pesadilla, pero casi que fue peor. Sé que siempre habías sido una niña de papá. Tu padre te hacía más caso a ti que a mí. Cuando te fuiste de casa pensé que por fin sería mi momento, pero no. Todo fue peor. Antes tenía que aguantar como Robert sólo hacía planes contigo. Pero después de tu huida tu nombre seguía apareciendo por todos lados. Que si Elisabeth hacía esto, que si Elisabeth decía lo otro. No podía aguantarlo más. Con los años decidí ir a terapia. No

iba porque tuviera un problema serio, sino para escapar un rato de la cárcel que era nuestra casa y alejarme también de tu presencia en boca de tu padre. Allí fue donde conocí a Marcus. Sí, ya sé lo que estás pensando. Nos llevamos mucha diferencia de edad, casi veinte años. ¿Y qué? El muy idiota se enamoró de mí y fue el momento perfecto para manipularlo a mi gusto. Le expliqué mi plan para deshacerme de tu padre y así poder quedarme la casa y el dinero. Al pobrecito de Marcus le dije que era para poder estar juntos y criar a nuestro hijo libremente. ¿Y adivina qué? Se lo tragó todo. Menudo idiota.

Hizo un parón para soltar algunas carcajadas, pero al ver que a mí no me hacía ninguna gracia el asunto, siguió con la historia.

—Hija, que sosa eres. Bueno lo has sido siempre. Eso te lo llevaste de tu padre.

Puse los ojos en blanco. Le gustaba enrollarse.

—El accidente fue de lo más fácil. Solo tuve que secuestrar a un palurdo que también era paciente de Marcus y matarlo. Después convencer a Marcus para que lo subiera al coche con el que tendríamos el accidente tu padre y yo, y hacer ver que era el otro hombre el que se chocó con nosotros, cambiándolo al asiento del conductor. No me hizo falta deslomarme. Todo el trabajo duro lo hizo mi enamoradito. Pero todo ese plan no me sirvió de nada. Tanto tiempo empleado para perderlo como si fuese humo porque tú queridísimo padre te lo había dejado todo a ti. — Cerró los ojos y respiró de nuevo—. Me hirvió la sangre cuando el notario de la familia me leyó su última voluntad. Se lo dejaba todo a su hija, la que se había largado a la que había tenido la oportunidad. ¿Tú sabes todos los años que tuve que aguantar a ese asqueroso hombre, machista, engreído y arrogante?

—Yo no tengo la culpa d...

Pero volvió a cortarme la frase.

—¡Que me dejes acabar!

Se pasó las manos por el pelo, más aplastándose que peinándolo, porque lo tenía rizado.

—Entonces tuve que maquinar otro plan. Pero esta vez uno mejor. Uno que no pudiera fallar por ningún factor. Entonces decidí que debía morir. No literalmente, como te habrás dado cuenta, —se miró de arriba abajo— sino sobre el papel. En este caso volvía a entrar Marcus en acción. El titulado en medicina redactó un informe de defunción por cualquier enfermedad absurda. Entonces sabiendo que la herencia recaía en ti. Y que tenías esta casa toda para ti, sabía que ibas a volver. Marcus te enamoraría y se casaría contigo para poder ser el titular de al menos la mitad de la herencia. Pero volví a tener otro fallo. El cabrón de tu padre redactó una pequeña cláusula en la que prohibía que tu marido se quedara con nada tuyo. Así que no me ha servido de nada todo lo que te he hecho.

Sacó un cuchillo del bolsillo trasero de su pantalón tejano y continuó hablando mientras lo miraba, como quien no quiere la cosa.

—Si no te mato, te quedas con todo y me delatas. Si te mato, me sigo quedando sin nada, pero tendré un problema menos. Espero que lo entiendas, hija.

Se acercó a paso lento hasta mi cama. Me sentía tan impotente atada de pies y manos, sin siquiera poder defenderme. Intentó darme un beso en la frente a modo de despedida, pero le pude arañar la mejilla. Hizo una queja de dolor y se llevó la mano que tenía libre a la herida. Sangraba un poco. Cambió su cara. Esta vez parecía estar muy cabreada. Intenté volver a agarrarla por algún lado o pegarle alguna patada, pero lo único que conseguí fue darle algún rodillazo y algún

cabezazo.

El forcejeo duró poco. De golpe sentí mis latidos en la muñeca derecha y seguidamente lo mismo en la izquierda. De ellas brotaban dos ríos de sangre. Me sentía ligeramente debilitada y mi vista empezaba a nublarse poco a poco. Lo último que mis ojos captaron fue la horrible sonrisa de triunfo de mi madre.

CAPÍTULO 35

Marcus me vigila. Me he desmayado después de ver a la vecina por la ventana. No sé si aún me están haciendo efecto las pastillas, porque la vecina ¡ES MI MADRE! Se supone que mi madre está muerta, así que no sé qué pensar. Del susto, me he desmayado y Marcus me ha traído a mi habitación. No para de aparecer por el marco de la puerta para asegurarse de que estoy bien y sobre todo para espiar mis movimientos. Creo que nunca lo he visto tan nervioso. No sé qué le pasa. Le he contado lo que he visto y me ha soltado unas cosas que no he llegado a entender. Se me ha escapado lo de las pastillas y me ha echado la bronca, era previsible. Pero también me ha dicho que estoy en peligro. Que se lo va a tener que contar. No sé a quién le va a contar algo, ni el qué. Puede que él también esté tomándose las pastillas y por eso actúa de esta forma.

Escucho sus pasos de nuevo. No, espera, esta vez hay más pasos. ¿Ha venido con alguien más?



A las diez en punto ya estaba preparada, esperando a Alan en el porche. La casa de al lado no parecía tener mucho movimiento. Normalmente a esta hora Virginia ya está despierta. Lo sé porque cada día escucho una alarma de despertador a las nueve de la mañana. No sé cómo se debe escuchar en su habitación para poder escucharla yo desde la mía. Pero hoy ha sonado más de lo normal. Además, repetidas veces. Después de esa alarma suelo escuchar ruido en su cocina, lo que deduzco que se prepara el desayuno y después friega los platos. Pero no. Hoy no ha hecho ningún ruido. Un mal presentimiento corre por mi cabeza. Además, Alan se está retrasando. Él nunca llega tarde. Por un momento se me pasa un mal pensamiento por la mente. Pero lo descarto de seguida. Alan me había demostrado ser digno de mi confianza así que descarto de mi mente la idea de que se haya fugado con Virginia.

Con diez minutos de retraso veo que aparca su coche delante de mi casa. Me dirijo hacia él a paso ligero. No quiero perder ni un solo minuto más.

—Lo siento mucho, he tenido que parar a echar gasolina y me ha tocado un payaso que se ha puesto a discutir con el chico de la gasolinera porque no le había llenado lo suficiente de gasolina para el dinero que le había dado, y se ha tirado un rato allí...

Bla, bla, bla. Estaba tan nerviosa e impaciente por entrar en casa de Virginia y decirle en su cara que la habíamos pillado, que ni siquiera pude escuchar lo que me decía Alan.

—No te preocupes. ¿Vamos?

—Sí, claro. Pero espera. ¿Qué le vamos a decir?

—Pues...

No lo había pensado. ¿Pero no era él el experto en esto? Vamos, digo yo. Él es el policía y el que suele interrogar a la gente, no yo.

—Bueno, tú sígueme el rollo, pon cara de tipa dura y ya está. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza y avanzamos por el camino de gravilla de su parcela hasta llegar a la puerta principal.

Primero llamamos al timbre y esperamos a que alguien abriera la puerta o nos diera algún tipo de señal de que venía enseguida. Pero solo hubo silencio. Alan y yo nos miramos. Él se echó mano a la pistola que llevaba anexa al cinturón policial. Junto a su porra y las esposas. La sacó poco a poco y la mantuvo con las dos manos, por debajo de su cintura.

Me hizo un gesto con la cabeza para que golpeará la puerta con la mano. Puede que el timbre no funcione. Golpeé la puerta dos veces y se entreabrió. Entonces la mirada de Alan y la mía se volvieron a encontrar.

—Quédate aquí —me dijo casi tan flojo que me costó entender lo que me decía. Asentí de nuevo con la cabeza, pero no pensaba quedarme esperando en el umbral de la puerta.

Él abrió lentamente la puerta y entró muy despacio. Yo le seguí por detrás. Muy pegada a él.

—¡Policía! ¿Hay alguien?

Más silencio.

Recorrimos toda la casa. Cada rincón. Cada armario. Pero nada. Todo estaba allí, como si se hubiera largado de improviso. Puede que se enterara que sabíamos quién era y se marchó. Dejándolo todo en casa. No se había llevado ni su ropa.

—¡Mierda! ¡Joder! Ya la teníamos. ¿Cómo coño sabía que íbamos a por ella?

—Pues ni idea Julia... Puede que te haya seguido espiondo.

No entendía cómo se nos había escapado de las manos. Estábamos tan cerca... Como cuando intentas tocar el agua, pero ésta se te escabulle entre los dedos.

Me sentía furiosa y desconcertada.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Buscamos alguna pista de a dónde ha podido ir?

—No, Julia. Déjalo ya. Se ha escapado y por mucha rabia que nos dé es un callejón sin salida. ¿Qué pretendes, tirarte toda la vida persiguiendo a esa mujer?

—¡Es una asesina!

—Sí, es una asesina. Pero de eso hace ya veinte años. ¿De verdad te compensa buscar a esta mujer durante toda tu vida? ¿Perder tu tiempo en encontrar a la asesina de otra chica, que ni te va ni te viene?

Alan tenía razón. Deseaba con todas mis fuerzas encontrar a esa maldita mujer y darle a Elisabeth la venganza que se merece. Pero ya había perdido mucho tiempo. Tiempo que había dedicado en investigar y no en mí. No quería pasarme años buscando el rastro de una mujer fantasma. Porque eso es lo que era. Para Elisabeth, un simple fantasma de su pasado y de su presente. Y para el resto de la sociedad, una persona que falleció hacía tiempo. La mujer fantasma. ¿De verdad me valía la pena buscarla?

Fue difícil decirle adiós a una exploración inacabada. Me dolía mucho no cerrar las investigaciones. Pero tuve que hacerlo por mi propio bien. Por empezar de cero y por vivir mi verdadera vida.

No fueron muchos más los meses que me quedé en esa casa. Si quería empezar con mi nueva vida, no podía quedarme. Si lo hacía, todo me recordaría que no terminé la historia de Elisabeth.

Me dio mucha pena por la señora Agatha. Me había acogido como si fuera de su familia y la pobre mujer si no fuera por mí, estaría más sola que la una. Pero tuve que dejarla allí. No obstante, le compré un teléfono móvil y le guardé mi número para poder llamarnos cada día.

También me dolió dejar atrás a Alan. Había hecho muy buenas migas con él. Pero quedamos en que cada domingo nos veríamos.

Dos años después...

Estaba desayunando en mi cocina de obra nueva, con su pequeña isla en medio. Hoy me había levantado con buen pie. Me había preparado tortitas con caramelo y estaba terminándomelas cuando llaman al timbre.

Me enfundo en mi bata navideña, me paso las manos por el pelo a modo de peine y antes de abrir la puerta compruebo, en el espejo del recibidor, que no tengo legañas.

—Buenos días señorita. ¿Es usted Julia Blanco?

Miré a los dos hombres uniformados y asentí con miedo.

—Queda usted detenida por la muerte de Virginia Boîte. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra. Tiene derecho a un abogado. Si no puede pagarlo se le asignará uno de oficio. ¿Entiende usted los derechos?

Me soltaron el típico discurso que los policías utilizan en las películas. Me sentía como si estuviera en una de ellas. Me colocaron las manos en la espalda y me pusieron las esposas.

—No, debe de ser un error. Yo no he matado a nadie.

Pero los agentes de policía no me estaban escuchando. Estaban sumergidos en hacer bien su trabajo y su único propósito ahora mismo era que yo entrase en el coche patrulla, por las buenas, sin hacer ningún escándalo.

—Hablen con su compañero, el agente Calvo. Alan Calvo. Él os confirmará que yo no he matado a nadie.

Los agentes se miraron y pusieron los ojos en blanco.

—Claro señorita. Cuando lleguemos a comisaría nos presenta al agente Calvo.

—¿Cómo?

—¿De qué comisaría dice que es ese agente? ¿De la de “Locadel”?

—¡Loca del coño! —concluyó su compañero. Y se carcajearon de mí.

—¡Estoy hablando en serio! Hablen con Alan Calvo.

—Señorita, no hay ningún agente con ese nombre. Y menos con ese apellido, sino me acordaría, ¿no cree?

Volvió a mirar a su compañero y volvieron a romper en risas.

No estaba entendiendo nada. Me estaban deteniendo por algo que yo no había hecho. Y decían que no había ningún policía que se llamase Alan Calvo. ¿Qué tipo de broma pesada era esa? ¿Entonces, quién era Alan y porque me había engañado durante todo este tiempo?

EPÍLOGO

Por fin la había encontrado. Después de tantos años empapándome del caso. Mi sed de venganza llegaba a su fin. Nadie sospechaba nada. Incluso me he ganado la confianza de Julia. Pobrecilla. Siento mucho haberle cogido tanto cariño, pero desde el principio tuvo que ser mi cabeza de turco.

Al recibir el mensaje tuve que actuar rápido. Al día siguiente ya no podría hacer nada de lo que tenía planeado. Así que me tocó hacerlo esa misma noche.

Me puse mi sudadera negra con capucha y mi chándal oscuro. Pistola al bolsillo. Y en marcha.

Cuando estaba delante de la casa tuve un momento de duda. ¿De verdad iba a poder hacer lo que me proponía? ¿Podría inculpar después a una inocente?

Lo pensé meditada y detenidamente. Pero la respuesta resonó en mi cabeza como un eco. «Esa mujer ha matado a tu padre». Se me repetía una y otra vez.

En la casa aun había una luz encendida. Como si estuviera esperándome. La luz provenía de la planta de arriba, por lo que deduje que sería el dormitorio. Perfecto. Mucho más fácil.

Me puse los guantes y forcé la cerradura intentando hacer el menor ruido posible. Al principio se hizo la oscuridad ante mí. Pero poco a poco mis ojos se fueron adaptando a ella y me fue mucho más fácil avanzar. Subí por las escaleras y me paré con el cuerpo pegado a la pared del pasillo. Justo al lado de la puerta de donde procedía la luz. Me subí la braga que llevaba alrededor del cuello y levantando la pistola entré en la habitación.

Al principio me dio la sensación de que me había estado esperando. Se me quedó mirando y no dijo nada. Me miraba fijamente. Intentando descubrir quién había detrás de toda esa ropa negra.

—Hola —soltó de golpe y me quedé inmóvil.

Se le escapó una media sonrisa de lo más diabólica. Sabía que estaba cagado de miedo. Aunque debo decir que lo aparentaba bastante bien.

Me aparté la braga de la boca y me quité la capucha de mi sudadera.

De repente abrió los ojos tanto como pudo y se le escapó un suspiro ahogado.

—¿Quién eres tú?

Ahora sí que parecía estar perdida y volví a llenarme de valor.

—¿Esperabas a otra persona?

No respondió. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que defenderse, pero yo fui más rápido y la apunté con mi pistola.

—¿Qué quieres? ¿Dinero? Puedes llevarte todo lo que quieras.

—No he venido a robarte, Virginia.

Volvió a quedarse con la boca abierta cuando vio que sabía su nombre. Ahora era mi momento. Eso es algo en lo que ella no había pensado. Acababa de hacerle jaque mate a la reina.

—No te suena mi cara, ¿verdad?

—¿Debería sonarme? —dijo con un hilo de voz casi imperceptible.

—Siempre me han dicho que me parezco mucho a mi padre...

Saqué el silenciador, muy despacio, y lo coloqué en el cañón de la pistola.

—¿Entonces debería saber quién es tu padre?

—Efectivamente. De hecho, según mis investigaciones, lo tuviste retenido hasta que le llegó el momento de hacerlo pasar por un borracho. ¿Y todo para qué? Para matar a tu marido, el que no te había dejado ni un maldito euro. Prefirió dejárselo todo a tu hija, la que lo había abandonado, antes que a la mujer que lo había aguantado tantísimos años. Qué pena malgastar la vida de un inocente. ¿No crees?

De nuevo no volví a recibir respuesta. No sé si aún no había pillado de qué iba esto o estaba tan asustada que no le salían las palabras de la boca.

—Mi padre era un hombre bueno, ¿sabes? Un buen padre, un buen marido, un buen hijo, un buen hermano, un buen trabajador, un hombre humilde que se gastaba el dinero en su familia, trabajaba como un negro para un jefe insoportable y aun así le quedaba tiempo para ir a ponerle flores a su madre al cementerio. El único error que cometió fue el de estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Su error fue no dejar ese maldito trabajo antes de ver como un compañero suyo sufría un accidente en el que fallecía en el acto. Y su segundo error fue hacer terapia con el doctor Marcus Terb. Porque si mi padre no hubiera estado en la clínica ese día, una puta loca no lo habría raptado durante una semana para después meterlo en un coche, apestando a alcohol, para aparentar tener un accidente.

Tomé aire un momento y la miré fijamente.

—Mi padre no bebía. No había tomado ni una puta gota de alcohol en toda su santa vida. Así que ese fue tu error. Un accidente sí lo podría haber tenido. Pero no habría estado bebiendo. Así que la cagaste, Virginia. Me ha costado casi veinte años encontrarte, pero por fin ha llegado la hora de pagar por todo lo que has hecho.

Virginia hizo ademán de hablar, pero no le dio tiempo. No quería escuchar ni una sola palabra. Ya no. Así que apreté el gatillo y cayó desplomada al suelo. Me aguantó su mirada sin vida durante dos segundos y calló mirando al techo.

Ahora me tocaba lo realmente difícil. Limpié todo lo bien que pude la escena del crimen. Enrosqué a Virginia en la alfombra que tenía en su habitación y la escondí en la caseta de mi jardín. Bien escondida y cerrada con llave.

A la mañana siguiente tuve que fingir todo lo bien que sabía para que Julia se creyera que Virginia nos había descubierto y había huido. Además de convencerla de que no siguiera investigando más. Y parece que fui muy convincente porque decidió empezar su vida desde cero. Se fue del pueblo y eso me vino de perlas.

Hice lo mismo que Marcus hizo con las cartas de Elisabeth. Escondería el cuerpo de Virginia entre las paredes de la mansión Boîte. Y así lo hice. De noche. En silencio. Como si nada hubiera pasado. Y así se cerró un ciclo.

Mi venganza había concluido. Además, nadie sabría mi nombre real. Ni quién era yo en realidad.

AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a mi familia, por todo el apoyo y la esperanza que me brindan. Las caras de ilusión que me ponen cada vez que les digo que he escrito algo no tiene precio.

A mi madre y a mi hermana. Por ser mis lectoras cero. Las primeras en saber de la historia, en darme ideas y sugerirme cambios. Gracias por ser tan críticas conmigo, aunque lo podríais haber sido más.

También quiero darles las gracias a mis amigas por animarme a escribir y alegrarse por mis logros, aunque corran el riesgo de aparecer en la historia. Tranquilas chicas, esta vez os habéis salvado.

A mi suerte que, aunque me costó más de mes y medio, acabó ayudándome a corregir las faltas.

Y por último quiero darte las gracias a ti, lector, por haberle dado una oportunidad a esta historia y haber llegado hasta aquí.

Si te ha gustado esta novela te agradecería que dejaras un comentario en Amazon y la recomendaras a otros lectores. Me ayudaría muchísimo para poder seguir escribiendo más. Recuerda que las estrellas son consideradas: (5* Te ha encantado, 4* Ha estado bien, 3* Indiferente, 2* Historia mala, 1* Pésima).



SOBRE LA AUTORA


Victória Villarino López (1997) nació en Tarragona y creció en un pequeño pueblo llamado El Vendrell.

Desde que era una niña le ha gustado escribir (aunque nunca le ha enseñado nada a nadie) y patinar. Después de tirarse casi trece años en el mundo del patinaje artístico decide que esa etapa ya es el pasado y se adentra en el mundo de la escritura.

Autora de “Bé(r)same” (2019) y escritora participante de Autor 7 con su texto “Correspondencia al cielo” (2019).

Mujer fantasma es la primera novela de la autora.

Puedes seguirla en sus redes sociales:

 @viickyvl



vickyvillarino Lopez@gmail.com



loslibrosdevicky.home.blog/